

¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos de niñas, niños y jóvenes
sobre personas refugiadas. 2013

...DO CIVIL
NACIMIENTO



ENTIDAD	DELEGACION	JUGADOR	ACTA	ANO	CLAS
01	45	01365	7		
NOMBRE: ... A ... RAN: RANILZA 7542					
LUGAR DE NACIMIENTO: ... DE 17 D					
LUGAR DE NACIMIENTO: ... ALVARO ORRGOEN, D.F.					
FUE PRESENTADO: VIVO <input checked="" type="checkbox"/>					
COMPARECIO: EL PADRE <input type="checkbox"/> MUERTO <input type="checkbox"/>					
NOMBRE DEL PADRE: ... LA MADRE: ...					
NACIONALIDAD: ... SEXO: ...					
NOMBRE DE LA MADRE: ... MASCULINO <input type="checkbox"/>					
AMBOS <input checked="" type="checkbox"/> EL PROPIO <input type="checkbox"/>					



¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos de niñas, niños y jóvenes
sobre personas refugiadas

2013



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)

EDITORIA RESPONSABLE: Andrea Lehn Angelides

CUIDADO DE LA EDICIÓN Y CORRECCIÓN DE ESTILO: Karina Rosalía Flores Hernández

DISEÑO EDITORIAL: Leonardo Vázquez

CORRECCIÓN DE PRUEBAS: Ana Bertha Bardales Sosa

DISTRIBUCIÓN: Sonia Pérez, Eduardo Gutiérrez, José Zamora y María Elena Barro

FOTOGRAFÍA DE PORTADA: Alejandro Ramírez Díaz

DIBUJO DE PORTADA: *El camino de la mayoría* de David Kumcieng

Primera edición, 2014

D. R. © 2014, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Av. Universidad 1449, col. Florida, pueblo de Axotla,

del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.

www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2014, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,

del. Miguel Hidalgo, 11520 México, D. F.

www.acnur.org

D. R. © 2014, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo, 11590 México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN CDHDF: 978-607-7625-80-3

ISBN Conapred: 978-607-7514-87-9

Los cuentos contenidos en esta publicación fueron escritos y presentados en el marco de la edición 2013 del concurso de cuento ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Presentaciones	5
María Dilia Ramírez, Hamdi Anwar Ahmed Bukhari, José Luis Gutiérrez Espíndola, Ricardo Bucio Mújica	
Cuentos ganadores, edición 2013	
Kalidh	23
Mariana Monserrat Marín Ramírez	
Que el viento nunca deje de soplar	29
Ricardo Emmanuel Martínez Martínez	
Cambio repentino	35
César Raúl Méndez Guerra	
Una nueva vida	39
Diana Andrea López Cortés	
Un nuevo comienzo: el renacer de Ishara	43
Mireya Loreley Cruz de la Cruz	
Uno más de muchos otros	49
Jesús Alejandro Hernández Márquez	
Recuerdos de mi hogar	55
Josué Daniel Hernández Escamilla	
Gallito	59
Pablo Primitivo Béjar Navarro	
Nopales en el cuaderno	65
Daniela Elizabeth Mayorquín Aguilar	
El obsequio perfecto	71
Antonio de Jesús Munguía Cruz	
Mi vida de refugiado a mis 10 años	77
Oswaldo Daniel Sorchini Esquino	

Agradecimientos

Nuestro más sincero agradecimiento a las y los jurados del Concurso, quienes de forma comprometida y desinteresada fueron parte de este proceso: Alicia Molina, César Tejeda, Daniela Luiselli, Georgina Maza, Luis Téllez Tejeda, María Cristina Vargas de la Mora, María Ramírez, Marina Azahua y Myriam Laurini.

María Dilia Ramírez

Coordinadora del libro club Alaide Foppa-León Felipe de Casa Refugiados

ESTOY MUY FELIZ DE ESTAR COMPARTIENDO con ustedes esta fiesta de premiación del concurso “¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país”.

Agradezco mucho al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred), a la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) y al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México (ACNUR) el haberme invitado a ser parte del jurado de este importante concurso que motivó a chicas y chicos a escribir, a investigar sobre el refugio, sobre la manera como la guerra, la violencia, la discriminación, la situación económica y las costumbres de algunas comunidades que lesionan los derechos humanos, han obligado a las personas a salir de su país y a buscar refugio en otro lugar y a empezar de nuevo, a veces en sociedades muy diferentes a la que tenían. En este trabajo que han hecho los jóvenes se ha podido identificar el papel que instituciones como ACNUR y Sin Fronteras, I. A. P., han desempeñado en apoyo a quienes hemos tenido que dejar lejos nuestro hogar para empezar en otro país.

Hoy se premiarán algunos de esos cuentos; realizar la selección fue una ardua tarea para el jurado, porque todos los trabajos tenían aportes valiosos. Así que se necesitó de una minuciosa selección para elegir los que mejor cumplieron con los criterios establecidos en la convocatoria:

1. Originalidad y creatividad
2. Coherencia en el texto
3. Apego al tema de las personas refugiadas
4. Sensibilidad en el desarrollo del tema

A mí me tocó contribuir en la categoría de participantes de 15 y 16 años de edad y fue muy significativo encontrar tanta sensibilidad sobre la problemática del refugio entre gente tan joven.

El día de la reunión del jurado, yo les compartí que leer los cuentos me había removido recuerdos de mi llegada a México, en febrero de 1986, y lo duro que fueron para mí esos primeros seis meses viviendo en un nuevo país.

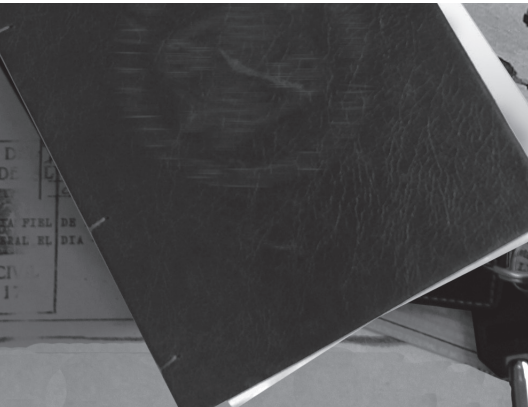
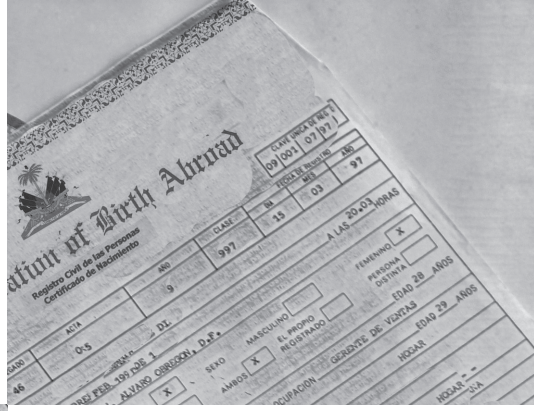
Por muchos años trabajé en la Universidad de San Carlos, en Guatemala. Amaba mi trabajo, tenía mi hogar y no pensé nunca que tendría que salir y empezar de nuevo en otro país. Pero un día fue necesario dejarlo todo y me encontré en México frente a otra realidad. ACNUR brindaba apoyo a la población refugiada y ante la necesidad de resolver mi situación económica presenté el proyecto de una casa de huéspedes. Me dediqué a buscar casa, todos los días salía temprano, después de buscar anuncios en el periódico, pero al llegar lo primero que me preguntaban era: ¿cuántos son? Y yo me decía: ¿dónde voy a meter a los huéspedes?

Afortunadamente, en esa búsqueda platicué con un compañero salvadoreño que me ofreció llevarme a una casa que había visto por donde él vivía. Llegué muy temprano, todavía lo encontré desayunando, y me preguntó si ya había pensado bien qué huéspedes me podían llegar, que podían ser drogadictos o delincuentes y que mis hijas pequeñas podían correr peligro; me asusté. Él me sugirió que mejor pusiera una tienda. Ya ni fui a ver la casa. El ACNUR me apoyó a poner una tienda y con eso viví muchos años. Después por algunos problemas la tuve que quitar, y ahora vivo con la pensión de la tercera edad que ACNUR me aprobó.

Llegué aquí buscando refugio y mi vida en México ha sido fructífera, he crecido mucho, he aprendido tantas cosas, llegué a querer tanto a México y al pueblo mexicano que cuando ya se podía regresar, opté por quedarme y me nacionalicé. Así que, como los personajes de los cuentos leídos, resolví mi vida y ayudé a mi familia a resolver la suya.

Hoy felicito a quienes serán premiados, pero también a todas las chicas y los chicos que si bien esta vez no obtuvieron un lugar, ya se animaron a participar. Estoy segura que más tarde podrán lograrlo porque sin duda tienen talento. Así que les insto a seguir escribiendo, a echarle ganas. Porque si se lo proponen podrán llegar a ser grandes escritores.

Felicito también a las organizaciones convocantes ACNUR, Conapred y a la CDHDF por el importante papel que desempeñan en la defensa de los derechos humanos, y por realizar este concurso, ya que es importante que la juventud tome conciencia de otras realidades que forman parte de una sociedad tan plural como la de México, país que ha abierto las puertas a quienes lo hemos necesitado para sobrevivir y empezar de nuevo.



Hamdi Anwar Ahmed Bukhari

Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas
para los Refugiados en México

AMABLE PÚBLICO QUE NOS ACOMPAÑA en este día, especialmente las chicas y los chicos que participaron activamente y que fueron ganadores en la edición de este año del concurso.

En esta ceremonia de premiación del concurso de cuento –se trata del sexto año en que llevamos a cabo este certamen– con un enorme gusto me dirijo a ustedes a nombre del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR).

Cuando el ACNUR pensó iniciar este proyecto, decidió hacerlo con dos aliados estratégicos: la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación. Ambas instituciones han demostrado siempre un gran compromiso e interés por dar a conocer la situación de las personas refugiadas. Y me alegra poder estar junto a ustedes un año más.

El concurso ha sido un gran espacio para que, a través de la literatura, conozcamos lo que piensan las chicas y los chicos mexicanos sobre el tema del asilo, el desplazamiento forzado y las personas refugiadas.

No es casual que exista un vínculo entre la literatura y el exilio. A lo largo de la historia muchos escritores han tenido que convertirse en refugiados a causa de sus ideas, al enfrentar la persecución y la intolerancia. En muchos lugares, incluyendo la ciudad de México, existen las casas refugio —iniciativa del Parlamento Internacional de Escritores— que brindan pro-

tección a los escritores que han sido forzados a huir de sus países por la guerra y la persecución.

Asimismo, la literatura nos permite construir puentes, abrir puertas y espacios, romper estereotipos y nos posibilita un verdadero encuentro. Por eso nos alegra tanto ver que año con año niñas, niños y jóvenes entre los 12 y los 18 años de edad deciden participar en este concurso y compartirnos sus ideas; realmente el concurso es un espacio para la creatividad literaria y la libre expresión.

Este año, el ACNUR ha lanzado distintas iniciativas y proyectos que coinciden con el propósito de este concurso: que todos nosotros, quienes afortunadamente no hemos tenido que vivir la terrible experiencia de una persona refugiada, podamos ponernos en el lugar de aquellos que sí han vivido el dolor de ser forzados a abandonar sus comunidades de origen y huir a un país distinto al suyo para salvar sus vidas.

Durante la conmemoración del Día mundial del refugiado, precisamente la fecha en que cerró la convocatoria para recibir sus cuentos este año —el 20 de junio— el ACNUR lanzó su campaña mundial para dar a conocer el terrible impacto que la persecución y la guerra tienen en las personas refugiadas y sus familias.

Cada cuatro segundos hay un nuevo refugiado o desplazado interno en el mundo, y cada minuto dos familias son forzadas a separarse por la guerra o la persecución. Estos son datos realmente alarmantes. Y a pesar de que éstos explican por qué hay más de 45 millones de personas desplazadas de manera forzada en el mundo, el lema de la campaña del ACNUR nos recuerda que una sola familia separada por la guerra y la persecución es demasiado.

Como parte de esta campaña, el ACNUR le hace al público esta pregunta que ahora yo les hago a todos ustedes: *Si tuvieran tan sólo un minuto para huir, ¿qué se llevarían?*

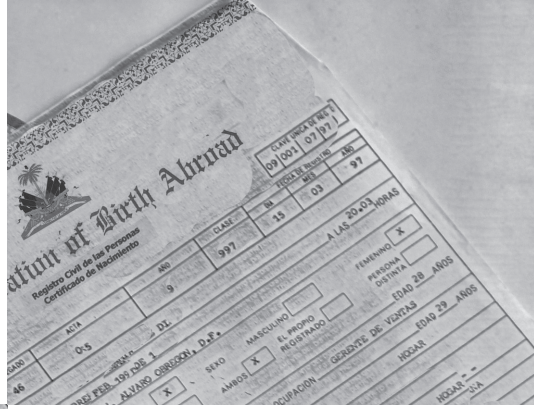
Y todos ustedes, chicos y chicas que participaron en este concurso, de cierta manera se hicieron esta pregunta y se dedicaron a responderla a través de sus cuentos.

En esta ceremonia queremos reconocer su participación y el gran talento que tienen.

Esperamos que sigan escribiendo y que a través de sus cuentos puedan llegar a la mente y los corazones de otros chicos y jóvenes como ustedes,

para que ellos puedan acercarse a las vidas de las personas refugiadas con solidaridad y les abran las puertas.

Finalmente, quiero agradecer a los miembros del jurado por su valioso aporte a este concurso y a todos los chicos y chicas que participaron de manera muy activa. Enhorabuena a las y los ganadores y felicidades a todos por su participación.



José Luis Gutiérrez Espíndola

Ex director general de Educación por los Derechos Humanos
de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

MUCHAS GRACIAS, BUENOS DÍAS a todas y todos, bienvenidos a esta ceremonia de premiación, saludo a quienes me acompañan en el presídium, es un gusto compartir por sexta ocasión este proyecto que es producto de la sinergia de tres instituciones: el ACNUR, el Conapred y la CDHDF.

Yo quisiera empezar citando una frase que en algún momento escribí Michael Ende, quien seguramente algunos de ustedes conocen. Fue un famoso escritor alemán, sobre todo de literatura infantil y juvenil, sus libros son mundialmente conocidos –él escribió *Momo* y *La historia interminable*– y dijo alguna vez lo siguiente: “Las ideas se le vienen a uno al escribir, durante el trabajo. Eso de tener ideas se puede conseguir con la práctica. Es, de verdad, una cuestión de entrenamiento. Quien no sabe tocar un piano se asombra de lo que es capaz un pianista. Pero el pianista tampoco lo ha sabido desde el principio, así, sin más. Se ha ejercitado muchos, muchos años. Con un escritor pasa lo mismo”.

Esto Michael Ende lo dijo tratando de explicar seguramente por qué él había sido un escritor tan prolífico y tan exitoso. A mí estas frases me vienen muy a cuento para decir que lo que se propone este concurso, que insisto, ya llega a su sexta edición, y que hoy premiamos, es precisamente eso: crear momentos y oportunidades particularmente para niñas, niños y jóvenes con el fin de que ejerciten su capacidad de escribir y después desplieguen su creatividad y, sobre todo, desarrollen al mismo tiempo su sentido de empatía,

esta capacidad de ponerse en el lugar del otro, de sentir lo que siente el otro y de indignarse por el sufrimiento que se infringe a ese otro por las injusticias que padece, de eso se trata esencialmente la empatía; no los voy a aburrir citando los desarrollos científicos que muestran que la empatía es una predisposición biológica de la especie humana que en buena medida explica su supervivencia y crecimiento como especie.

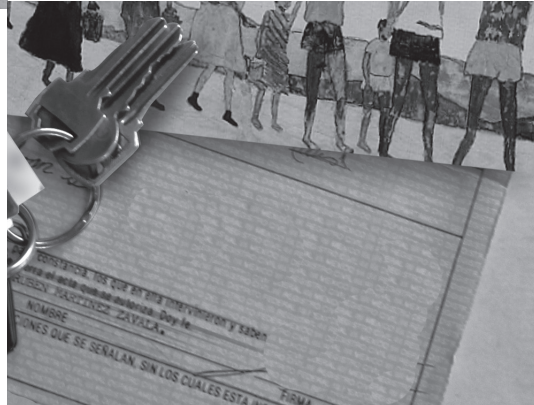
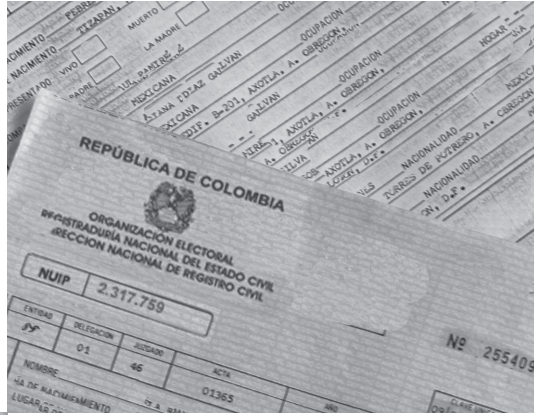
Lo cierto es que esa empatía no se desarrolla en individuos o grupos concretos si no concurren una serie de factores sociales, culturales y políticos para que esto ocurra y a veces esos factores más bien tienen el efecto contrario, tienen el efecto de inhibir este sentimiento que nos permite identificarnos con otros miembros de la especie humana. Más bien cuando no se desarrolla la empatía ponemos siempre por delante las diferencias entendidas no como simples diferencias sino como deficiencias, vemos al otro no solamente como alguien diferente de uno mismo sino como alguien que carece de algo que para nosotros es importante y ésta es justamente la raíz de la intolerancia y la persecución que está en la base del fenómeno del refugio.

Desde ese punto de vista, el gran desafío de la educación en general y particularmente de la educación en derechos humanos y para la no discriminación es justamente el desafío de desarrollar en niñas, niños y jóvenes este sentido de la empatía. En la medida en que acertemos a desarrollar empatía creo que podremos contribuir a terminar con el drama que viven las personas refugiadas, que sabemos que es un drama multiplicado porque los refugiados, como lo decía muy bien el señor Hamdi Bukhari, tienen que salir de su país perseguidos por sus ideas, por sus convicciones, por sus preferencias, por una infinidad de motivos que los llevan a abandonar prácticamente todo: familia, trabajo, bienes, papeles, etcétera, para llegar a otro país, a otra sociedad donde lejos de ser bien acogidos lo que enfrentan es el recelo, la desconfianza, la discriminación, cuando no la franca hostilidad y a veces un nuevo ciclo de persecuciones que en el extremo llegan a la muerte. Por ello, debemos destacar que este concurso nos trae a colación un tema que es de gran relevancia: aunque a veces nosotros veamos el refugio como algo remoto, lejano y que, por lo tanto, no tiene mucho sentido ni importancia, aunque sí que la tiene y claro que debemos trabajar en ese sentido.

Quiero finalmente agradecer, por supuesto, a todas y todos quienes participaron en el concurso, a las escuelas que acogieron bien esta convoca-

toria, a las y los docentes que también ayudaron a difundirla e instaron a sus estudiantes a escribir; y también a nuestro jurado muchísimas felicidades a las y los ganadores de esta sexta edición del concurso. Yo al igual que el señor Hamdi Anwar Ahmed Bukhari las y los invito a que sigan escribiendo, a que nos ayuden a difundir la experiencia que ustedes han vivido en esta ocasión porque creo que así este concurso va a seguir creciendo, que es lo que todo mundo aquí quiere.

Enhorabuena, muchas gracias y buenas tardes.



Ricardo Bucio Mújica

Presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

LA DISCRIMINACIÓN ES UN FENÓMENO mundial con amplias y graves dimensiones que puede provocar que una persona se vea obligada a abandonar su país. Hoy la igualdad de trato entre las personas sólo puede construirse a partir de un Estado democrático, social y de derecho que, mediante la ley, los derechos y las políticas públicas, prevenga, combata y erradique la permanencia de las asimetrías y las injusticias institucionalizadas.

Los refugiados son considerados grupos en situación de vulnerabilidad porque el sólo hecho de tener que huir de sus países y adentrarse en otro, muchas veces de forma irregular, los hace poco visibles y susceptibles a abusos. En ocasiones ocurre que al extranjero se le estigmatiza como resultado de marcas impuestas al ser una persona diferente, extraña, rara, creyente en valores ajenos. La xenofobia es un mal que debemos erradicar.

A fines de 2012 había 45.2 millones de personas desplazadas forzosa-mente en el mundo. El número alcanzado en 2012 fue el más alto desde 1994, cuando se calculó que había 47 millones de personas desplazadas a consecuencia de persecución, conflictos, violencia generalizada y violaciones a los derechos humanos en el mundo.

Lamentablemente, las tendencias sociales y económicas mundiales indican que el desplazamiento seguirá aumentando en la próxima década, y que adoptará nuevas y diferentes formas.

Para el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) es un eje estratégico la creación de una cultura de la igualdad y de no discrimina-

ción que permita construir sociedades igualitarias, incluyentes, que garantice el ejercicio y acceso libre a los derechos, sin ningún tipo de discriminación basada en el origen étnico, sexo, edad, capacidad o condición social.

En México ha habido avances en materia de derechos humanos, a nivel ideológico, político, jurídico, institucional y cultural. Hoy los derechos humanos son eje y fundamento de nuestra Constitución. No obstante, existe aún un largo camino para lograr que el sistema social y político asegure igualdad en la dignidad, en la libertad y en derechos esenciales.

El derecho a la no discriminación es una llave de acceso a todos los derechos. Porque la discriminación tiene efectos en las personas y grupos sociales: interioriza y vulnera su dignidad, mina su autorrespeto, afecta su proyecto de vida personal y su pleno desarrollo, imposibilita su toma de decisiones, privatiza lo que es público, distingue desventajosamente en la norma, rompe o imposibilita la cohesión social, diferencia injustamente a grupos y personas, y debilita el sentido compartido de la labor de armonización en nuestra legislación interna.

A partir de la reforma a la Constitución, ocurrida en 2011, México posee un nuevo paradigma constitucional que incorpora las normas de derechos humanos de los tratados internacionales dentro de su contenido.

Las modificaciones a la Constitución obligan al Estado a promover, respetar, proteger y garantizar el derecho humano a la igualdad y no discriminación. Se suma a esto, de manera significativa, el principio pro persona.

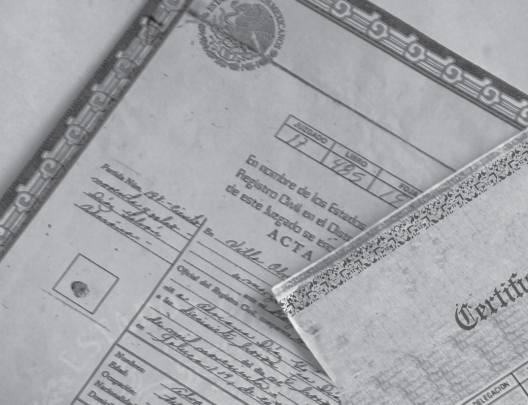
En ese sentido, la reforma constitucional fue la culminación de un largo proceso y configuró, simultáneamente, el punto de partida de una nueva etapa de transformaciones jurídicas, políticas, sociales e institucionales. Desde una perspectiva de integridad e interdependencia de los derechos, los gobiernos deben generar los mecanismos para que cada derecho reconocido, pueda garantizarse y exigirse con eficacia.

Dirigirnos a las y los jóvenes mediante este certamen literario es una gran oportunidad para fomentar una cultura encaminada a forjar una sociedad igualitaria, incluyente, en donde se respeten los derechos humanos de todas y todos.

A través de la expresión literaria podemos conocer las ideas de las y los jóvenes mexicanos en torno a la integración de la población refugiada que llega a un país distinto al suyo, en donde es posible que experimenten situaciones de discriminación y xenofobia.

En la sexta edición de este concurso narrativo, “¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país”, el jurado identificó la originalidad de los textos, así como el apego y la sensibilidad en el desarrollo del tema. En la convocatoria que se lanzó en 2013, recibimos 1 595 cuentos de 29 entidades federativas: participaron 931 mujeres y 664 hombres.

Celebramos el entusiasmo e interés de las y los jóvenes escritores. De igual modo, queremos agradecer a ACNUR, a la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y a los miembros del jurado su colaboración y apoyo para el desarrollo del concurso. Vayan estas palabras de felicitación a las y los ganadores de este certamen literario.



**Cuentos ganadores
edición 2013**

Kalidh*

Mariana Monserrat Marín Ramírez

Hace no muchos años yo vivía en Bagdad con mi madre Jazmine, mi padre Ahmed y mis dos hermanas Fadilah y Abida. Vivíamos en una casa muy humilde. El trabajo de mi padre era muy pesado, así que yo me dedicaba a ayudarlo para ganar unas cuantas monedas más. Mis dos hermanas mayores, Abida y Fadilah, eran gemelas, ayudaban a mi madre a vender productos en el mercado y cuando llegaban comíamos todos juntos en la mesa, compartíamos lo sucedido durante el día. Fadilah era muy dulce y tierna conmigo, tenía un corazón de oro; una vez *ummi*¹ me castigó sin comer una tarde por causa de una mentira de Abida, pero Fadilah me llevó la mitad de su ración escondida entre sus mangas. Ella y yo jugábamos todas las tardes y siempre me dejaba ganar, además de su enorme dulzura era muy generosa y humilde.

Abida era un poco pesada conmigo, pero siempre que la castigaban me gustaba ayudarla con lo que *ummi* le había encomendado hacer para que no se sintiera tan mal. Durante la noche todos dormíamos en una misma habitación, nuestra casa era de barro y arena del desierto, pues vivíamos en una de las comunidades más pobres y aisladas de Bagdad. Teníamos un pequeño pozo de agua que tiempo atrás se secó completamente, pero con el tiempo el agua comenzó a filtrarse y nuevamente se llenó; allí guardábamos agua para todo el año.

Por lo general, siempre comíamos poco, pero esa ocasión *ummi* vendió bien en el mercado, así que por primera vez en tres años comeríamos las

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 12 a 14 años.

¹ *Ummi* significa “mamá” en árabe.

tres comidas completas por varios días, ¡qué dichosos éramos!, ¡bendito sea Alá por tantas bendiciones! Todos estábamos felices lavándonos las manos para la hora de la comida, cuando escuchamos un estruendo fuera de la casa acompañado de gritos y detonaciones de armas poderosas. Salí con mi padre para ver qué era lo que ocasionaba semejante escándalo. Cuán grande fue nuestra sorpresa al ver ¡un tanque de guerra! Corrimos hacia la casa y les avisamos a mi *ummi* y a mis dos hermanas, pero antes de que pudiéramos escapar entraron unos soldados y tomaron a *ummi* del cabello sacándola por la fuerza; mi padre trató de intervenir pero lo golpearon muy fuerte y se desmayó. Mis hermanas y yo corrimos para ver qué había pasado con mi *ummi* y en cuanto salimos vimos cómo le dieron un disparo en la garganta; ella cayó al suelo, mis hermanas gritaron, yo entré en *shock*; un charco de sangre comenzó a formarse en el suelo, entonces grité:

—¡*Ummi!*, ¡*ummi!*

Pero no hubo respuesta. Grité otra vez y fue igual. Dos despiadados soldados tomaron a mis hermanas y las violaron enfrente de mí, necesitaba hacer algo pero otro soldado me inmovilizó y después vi cómo a mis hermanas les daban un tiro en la cabeza. Traté de librarme del soldado que me inmovilizaba pero me ató con una cuerda y me dejó en la puerta de la entrada para así poder saquear mi casa. Por un momento se olvidó de mí. Como pude me solté y empecé a huir, ¡logré escapar!

Corrí dos o tres calles, en ese momento pensaba rodear la casa e intentar sacar a mi padre de ahí, pero de pronto ocurrió lo que temía: explotó una bomba. Pude escuchar gritos desgarradores y distantes, durante ese momento no me moví, estaba pasmado, ¡lo había perdido todo!, ¡a mi *ummi*, mis hermanas, mi padre! Me sentía horrorizado, en *shock* por lo que estaba pasando. Al volver en mí, pude ver a una persona mutilada agonizando en el suelo, al mismo tiempo que yo corría y me escondía en una casa en ruinas, aturdido por lo que había vivido durante los últimos diez minutos. No escuché la granada que lanzaron al lugar en donde yo me refugiaba, parte de la casa se desplomó encima de mí atrapándome entre los escombros. Grité y grité, y al parecer me escucharon, pues llegaron dos soldados apuntando con sus armas, dispuestos a dispararme.

Me moví un poco para cubrirme con los escombros, pero una parte del techo de lo que antes había sido una casa se deslizó golpeando a uno de los soldados, así que llegaron hasta donde yo estaba ocultándome, no pude es-

conderme entre los restos de la maltrecha casa, por lo tanto fingí estar muerto. Los soldados se me acercaron, mi corazón latía muy rápido, podía escuchar mis palpitaciones aceleradas, sentía mis manos sudorosas, “no quiero morir”, pensaba. Creí que los latidos de mi corazón me delatarían, pero la sangre que corría desde una gran herida de mi cabeza y me escurría hasta el cuello, así como mi palidez, ayudaron a los soldados a creer que yo estaba muerto. Eso no evitó que un soldado con su rifle me acariciara la mejilla derecha, sentí el metal frío deslizándose sobre mi piel, la sensación de una pequeña corriente eléctrica recorrió todo mi maltratado cuerpo. El soldado se retiró liberándome de una presión que creí que no podría soportar más. Los militares salieron de la casa en ruinas y partieron, en ese instante caí en un letargo, veía imágenes de mi familia al morir, las personas mutiladas... mi cabeza daba vueltas y mezclaba los colores; entonces me desmayé.

Después de algunas horas desperté, estaba rodeado de personas extrañas. Una mujer envuelta en una túnica roja con detalles negros me trajo un poco de agua, bebí copiosamente. Ella me preguntó:

—¿Quién eres?

—Kalidh —respondí.

—Bueno, Kalidh, yo soy Fadilah, esposa de Mohamed, y éstos son mis dos hijos, Alí y Ahmad; ellos te encontraron malherido pero aún con signos vitales y te trajeron a nuestra casa.

—Gracias... —eso fue lo único que pude responder, mi boca y mi garganta se secaron y sentí una punzada de dolor al escuchar ese nombre tan familiar: Fadilah..., y nuevamente me desmayé. Cuando desperté tuve más fuerzas para hablar y pregunté:

—¿Cómo fue que me encontraron? —a lo que Ahmad se aproximó a decir:

—Bueno, en cuanto nos enteramos del ataque en Bagdad, Alí y yo fuimos rápido a buscar sobrevivientes, cuando llegamos había personas que los estaban atendiendo y se los llevaban. Ya nos íbamos a ir cuando te encontramos, pensamos que estabas muerto, pero moviste un brazo y nos acercamos. ¡Tremendo susto le diste a Alí!

—Alí, Ahmad, no sé cómo agradecerles lo que han hecho por mí.

—No tienes que agradecernos, hijo —respondió Mohamed.

Y así, tiempo después, cuando ya estaba recuperado, no tenía a dónde ir. Una abrupta guerra me cambió la vida en diez minutos y no sólo a mí y

a mi familia, sino a miles de personas inocentes que fueron masacradas en menos de ese tiempo.

Fadilah y Mohamed me adoptaron ya que no tenía hogar y mis nuevos hermanos me ayudaron a integrarme a la familia, pero los recuerdos no se borrarían tan fácilmente, cada noche tenía pesadillas sobre los horrores que había vivido aquella tarde.

No podía aceptar la muerte de mi *ummi*, la de mi padre y las de mis hermanas; lloraba cada noche lágrimas interminables e incluso recordaba las escenas más terribles de mi vida: las bombas, los soldados que ni siquiera tuve tiempo de identificar, estadounidenses o iraquíes, a ambos aborrecía por haber participado en un baño de sangre. A ellos no les importa si mueren inocentes o culpables, pues siempre terminamos siendo como objetos que se deben hacer a un lado en la interminable lucha por algo que ni yo ni otros niños de mi misma edad o menores entendemos; ya que a nadie le importa si sufrimos, si han destruido nuestras vidas, porque al fin de cuentas sólo somos una pieza de su avaricia y su egoísmo, porque sólo importan ellos y nadie más.

Ojalá que Alá los perdone porque yo no lo voy a hacer, me quitaron todo cuanto conocía para sus fines lucrativos hechos con engaños, mentiras, corrupción, injusticias y desigualdades; porque mientras ellos se enriquecían, nosotros seguíamos hundidos en las crueles garras de la pobreza, muriendo de hambre a causa de la guerra.

Mi nueva familia tuvo que huir y refugiarse muy, muy lejos de Irak. Cerca de las tres de la mañana, con el frío intenso, partimos hacia Turquía. Llegamos varios días después, sin dinero, sin comida. No conocíamos a nadie; la gente nos maltrataba; dormíamos en los mercados; ¿comer?, ¿qué era esa dicha que ya no recordábamos?; bebíamos del agua de los animales y comíamos sólo los restos del mercado y las migajas que caían al suelo. Vivimos de esa manera cerca de un mes, rechazados por la sociedad, huyendo de la guerra en nuestro país. En esos días yo estaba muy delgado, me dolía mucho el estómago, era un dolor tan intenso provocado por el hambre que comía lo que encontrara en la calle; pocas veces personas bondadosas nos daban algo para comer. Una noche me acurrugué junto a una casa, tenía mucho frío y estaba muy hambriento, durante los últimos meses había bajado mucho de peso, estaba tan flaco que podía observar casi todos mis huesos; temblaba de frío.

Caí en un letargo, mis ojos empezaron a cerrarse lentamente, mis fuerzas me abandonaron por un instante... Luego, desperté en un lugar cálido, ya no tenía hambre ni mucho menos frío, me sentía diferente; todo era hermoso y acogedor. Levanté la mirada y vi a ¡mi *ummi!* Estaba delante de mí, y detrás de ella llegaron mis hermanas y mi padre, ¡habían venido a buscarme! Mi madre me miró con mucha ternura y me dijo suavemente mientras acariciaba mi rostro:

—Hijo, has sido un niño muy fuerte y muy valiente, lamento todo lo que has sufrido, pero es tiempo de descansar, por fin estaremos juntos.

Me levanté y tomé sus manos, juntos partimos rumbo hacia el Oriente...

◆ MARIANA MONSERRAT MARÍN RAMÍREZ

Nació el 21 de abril de 1999 y es originaria de Zapotlanejo, Jalisco. Actualmente estudia la secundaria en el Colegio Patria y sigue escribiendo cuentos y novelas cortas.

Que el viento nunca deje de soplar*

Ricardo Emmanuel Martínez Martínez

El olor a mar llena mis pulmones, la brisa golpea mi rostro y la inmensa luz reflejada en el agua me hace sentir viva, me encanta sentir la brisa golpear mi cara, pues me permite sentir paz, alegría, y borra siempre mis malos recuerdos y tristezas. Aquí puedo descubrir mi rostro y el viento juega con mi cabello, puedo quitarme el calzado y mis pies desnudos tocan el agua del mar, puedo sentir el sol en mis brazos sin nada que impida que mi piel entre en contacto con el calor que de él emana. Mi nombre es Aisha, yo no soy originaria de este país, hace poco llegué como refugiada, provengo de un país que está siempre envuelto en conflictos armados, un país en donde por su religión, aunque tú no lo creas, no se me permite disfrutar del aire y el sol al descubierto como lo estoy haciendo aquí.

Yo nací en la zona norte de Irán, un lugar donde la región musulmana es el eje central en la vida de mi gente; el Corán es el libro sagrado por el cual se rigen todas las acciones del pueblo musulmán; es el libro que incluso dicta que la mujer es un objeto para el hombre, un objeto del cual puede disponer a placer desde el momento de su nacimiento, pues en cuanto la matrona grita que somos niñas perdemos cualquier tipo de derecho y traemos deshonra a nuestras familias, y allí es donde comienza mi historia.

Yo nací en diciembre de 2000, soy hija de Nashir, mi madre, y de Mohamed, mi padre. El matrimonio de mi madre fue arreglado como todos lo son en esta sociedad, ella tenía 15 años cuando se casó con mi padre de 45 años de edad. Está de más contarles que mi mamá no estaba de acuerdo con dicho arreglo, pero ahí no importa lo que tú pienses o sientas. Mi ma-

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 12 a 14 años.

dre me contaba que mi papá radiaba de felicidad el día que le anuncio que esperaban a su primer hijo y le decía a mi madre: ¡dame un varón! El día que yo nací y la matrona le informó que en lugar de un varón había nacido una mujer, la sonrisa de mi padre desapareció de su rostro y a partir de ese momento empezó el sufrimiento de mi madre y el mío.

Mi primer recuerdo es el de mi padre golpeando a mi mamá hasta dejarla inconsciente. Siempre que llegaba la noche mi madre corría a calentar la comida de mi padre; yo solía ver a través de una rendija cómo llegaba él tomado y lo primero que hacía era insultar a mi mamá diciéndole que no servía para nada y que la iba a *despreciar tres veces*, es decir, que se iba a divorciar de ella, eso en nuestra religión implica la muerte para la mujer. Por eso mi madre lloraba y se arrodillaba a sus pies y suplicaba clemencia, era ahí cuando comenzaban los golpes, luego mi padre se sentaba a comer y se retiraba a dormir como si no hubiera pasado nada.

Así transcurrió mi infancia. Normalmente las mujeres no podemos salir de casa sin informar al hombre adónde vamos a ir y cuánto tiempo vamos a tardar; así que prácticamente mi vida se desarrolló en la casa de mis padres, aprendiendo el Corán, las labores del hogar y a obedecer a los hombres. Ésa es la escuela a la que una mujer musulmana puede acudir.

Recuerdo muy bien un domingo al mediodía que regresó mi padre muy contento de la calle, sonriendo, le dio un beso en la mejilla a mi mamá y se dio vuelta hacia a mí, me miró y le dijo a mi madre:

—Alá nos ha sonreído y tu hija ha traído dicha a este hogar. Cuando mi patrón vino a comer a la casa se ha fijado en tu hija y me ha ofrecido una dote de 3 000 000 riales para contraer matrimonio con ella cuando cumpla los 13 años.

Inmediatamente me miró mi madre expresando un terror que sólo nosotras comprendíamos, pues sabíamos qué significaba aquello. Aunque es casi imposible en nuestra sociedad, yo tenía sueños, mi madre me había enseñado lo poco que sabía y aprendí a leer, pero yo quería ir a una escuela, quería salir de mi casa para poder trabajar y llevarme a mi mamá de ese infierno en el que vivíamos, y los planes de mi padre truncaban mis sueños de una forma tan cruel que lo que hice fue correr hacia mi madre y abrazarme a ella.

Mi padre estalló en cólera, le gritó a mi madre maldiciéndola por no haber educado a su hija en las leyes de obediencia y sumisión del Corán,

me arrebató de un golpe de mi madre y caí al suelo, era el primer golpe que recibía y me pregunté cuántos más tendría que soportar en adelante. Le gritó a mi madre que me vistiera de forma adecuada para salir a la calle, y por primera vez me colocó mi velo, el velo que significaba que el aire ya no tocaría mi piel ni jugaría con mi cabello. Colocada mi prisión de tela, salí de la mano de mi padre quien me condujo por callejones llenos de comerciantes que vendían joyas de oro y velos de seda de hermosos colores, éstos llamaron mi atención ocasionando trompicones al caminar. Mi padre al percatarse me dijo:

—Si eres grata a los ojos de tu futuro marido, él te colmará de riquezas y joyas como éstas que te agradan. —Ante lo cual pensé que si no era grata me colmaría de maldiciones, malos tratos y golpes, como él hacía con mi madre.

Llegamos a la puerta de una casa lujosísima y llamó mi padre al criado, quien nos hizo pasar a una habitación donde había muchos hombres ataviados con ropas lujosas, allí destacaba la presencia de una mujer, una mujer sentada a la misma mesa que los hombres, comiendo con ellos, sin velo que cubriera su rostro y sin miedo de estar al descubierto. Algunos hombres la miraban con repugnancia, pero no se atrevían a decirle nada; entonces se oyó una voz, provenía del hombre que sería mi futuro esposo, él le dijo a mi padre:

—Acércala.

Así que mi padre me empujó delante de él y me acercó, quitó el velo de mi cara y yo palidecí de miedo y empecé a temblar; él se carcajeó de mí y comenzó a inspeccionarme como quien compra un animal. Le dijo a mi padre:

—Vale la pena los riales que te di por ella. Estamos en lo acordado, edúcala conforme al Corán y en tres años más iré por ella.

Volteé a ver a mi padre con ojos de súplica, pero en esos ojos no había la más mínima piedad, así que miré a la mujer que me había llamado la atención, en ella encontré la piedad que en mi padre no; ella me guiñó un ojo. Salí de inmediato de la sala a empujones de mi padre y de reojo vi cómo la mujer le daba órdenes a uno de sus criados para que me siguiera y así lo hizo.

Camino a casa vi cómo aquel hombre nos vigilaba a cierta distancia. Cuando entré a mi casa encontré a mi madre en un rincón, se veía que había estado llorando largo rato, mi padre me aventó hacia ella y le gritó:

—Críala bien o pagarás.

Ya era de noche, lavó mi cara y se acostó conmigo hasta que el llanto nos venció a las dos y nos quedamos dormidas. Al siguiente día, cuando mi padre salió a su trabajo llamaron a la puerta, mi madre salió a atender y para mi sorpresa encontramos a la mujer que la noche anterior estaba en la comida de mi futuro esposo. Pidió permiso para entrar y mi madre se lo negó pues tenía miedo que mi padre supiera que un extraño visitaba nuestra casa sin su autorización. La mujer dijo que no tardaría mucho y que mi padre ya estaba en camino a su trabajo y no sabría de su visita; mi madre dudó, pero en cuanto la mujer mencionó “yo puedo salvar a su hija”, mi madre no dudó más y la dejó entrar. Fátima era su nombre, dijo, y nos explicó que ella era musulmana igual que yo, que había estudiado leyes en el extranjero y que trabajaba para una organización internacional a favor de los derechos de las mujeres; en ese momento sus palabras me causaron gracia, “los derechos de las mujeres”, yo crecí creyendo que nosotras no teníamos derechos y sonó tan absurdo que sonreí. Fátima notó mi incredulidad y me dijo:

—Aisha, ¿quieres ser libre?, ¿quieres estudiar o te quieres casar con ese hombre?

Inmediatamente le contesté:

—Ser libre —con apenas un sonido que quizá sólo yo escuché.

Así que mi madre le preguntó rápidamente a Fátima.

—¿Qué tengo que hacer?

Mi madre sabía que lo que haría despertaría la furia de mi padre, pero no le importó. Fátima le explicó que ella viajaría pronto a América y que vería la forma de sacarnos de Irán y conseguir que nos aceptaran como refugiadas en algún país de ese continente. Yo no conocía ese lugar, pero si allí encontraba mi libertad no importaba que tuviera que viajar a donde fuera, así que acordamos otra visita al siguiente día.

Yo esperaba ansiosa que amaneciera para conocer los planes de Fátima, estábamos tan nerviosas que esa mañana mi madre derramó el desayuno de mi padre por accidente. Pasó lo de siempre, pero ella y yo callamos y afrontamos con valentía lo que podría ser el último maltrato de mi padre. Él terminó de desayunar y salió a su trabajo inmediatamente, después de una hora entró mi salvadora por la puerta junto con dos hombres que portaban maletas y nos dijo:

—Sólo pónganse en mis manos —pronto los hombres sacaron de sus maletas indumentarias de hombres musulmanes, nos despojaron de nuestras ropas y nos pusieron las ropas nuevas, nos cortaron el cabello y nos tomaron una foto para el pasaporte, todo esto en menos de una hora. Fátima nos gritó:

—¡Listo, vámonos! —y nos señaló afuera un automóvil que nos esperaba, yo salí corriendo y mi madre tras de mí, pero a lo lejos ya venía mi padre a toda velocidad con mi tío a sus espaldas, él nos había delatado. Habíamos olvidado que él vivía cerca de nuestra casa, vio el movimiento y fue corriendo por mi padre.

Mi madre tomó de los hombros a Fátima y le dijo con los ojos llenos de lágrimas: ¡Sáquela de aquí! Luego me vio ya dentro del carro y me gritó:

—¡Sé feliz! —rápidamente salió corriendo en dirección a mi padre e intentó detenerlo.

Todos los años de sumisión hacia él ese día habían terminado. El carro arrancó, volteé y vi por el vidrio trasero del carro cómo mi madre luchaba lo más que podía para que yo pudiera huir. Fue la última vez que vi a mi madre. Yo sabía lo que esto significaba, en cuanto mi padre se recuperara de la sorpresa, mi madre moriría. Yo rogaba porque detuvieran el auto, pero sabía que no sucedería. Cuando por fin llegamos al aeropuerto Fátima me presentó como su hijo, mostró el pasaporte y subimos al avión rumbo a América sin ningún contratiempo, excepto la muy probable muerte de mi madre.

Durante el viaje no podía conciliar el sueño y había algo que me daba vueltas en la cabeza: ¿por qué Fátima me quería ayudar?, ¿por qué una desconocida se expuso tanto por mí?, y ¿cómo es que una mujer tiene el valor de no aceptar las leyes del Corán y retar a toda una religión? Así que por fin volteé a mirarla y me atreví a preguntarle sobre su historia, ella solamente me dijo:

—Yo también tuve una madre que dio su vida para que yo conociera la libertad y me comprometí a darle la libertad a alguien más.

Cuando por fin llegamos a América, Fátima me dijo:

—Este es México, un país que nos abre sus puertas con amor.

Ella conocía a una familia que con gusto abrió su corazón para mí y me adoptó como a una refugiada y me dio la libertad con la que siempre soñé. Todo aquí era distinto, cuando descendí del avión me sorprendió ver a las mujeres descubiertas, sonriendo y carcajeándose tanto hombres como

mujeres; yo me cubrí por completo con mi velo. Fátima me guió por el aeropuerto y por las calles de este nuevo mundo; yo me sentía angustiada, todos me observaban por cubrirme como lo hacía y mi guía me susurró al oído:

—Aquí no tienes que cubrir tu cuerpo, aquí nadie te castigará por ser libre.

Llegamos a mi nuevo hogar y sufrí mucho para adaptarme a las nuevas costumbres, aquí no oraban y lo extraño: las mujeres parecían tener los mismos derechos que los hombres. Tardé mucho en comprender que yo también siendo mujer tenía un valor, pero con cariño y tiempo me adapté a mi nueva vida.

Ahora voy a la escuela, tengo 12 años, no estoy casada como era mi destino en Irán y, cada vez que se puede, mi nueva familia me trae al mar que amo, porque aquí la brisa borra mis malos recuerdos, excepto los de mi madre que murió por darme la libertad que todas las mujeres de mi sociedad clamamos a gritos y, por eso, pido que el viento nunca deje de soplar para mí ni para todas las mujeres que sufrimos de violencia de género y discriminación racial.

◆ RICARDO EMMANUEL MARTÍNEZ MARTÍNEZ

Nació el 27 de julio de 1999 en Valle de Chalco, Estado de México. Actualmente cursa el tercer grado en la Escuela Secundaria Técnica núm. 46 en Tláhuac, Distrito Federal. Le apasiona tocar el piano, escribir cuentos y leer. Su abuelo le ha contado anécdotas de cuando fue migrante en Estados Unidos, y ello le inspiró a escribir sobre lo que obliga a una persona a abandonar su país y estar lejos de sus raíces y de sus seres queridos. Ricardo dedica este cuento a sus abuelos que con su amor y valores le enseñan cada día a ser una mejor persona.

Cambio repentino*

César Raúl Méndez Guerra

Mi familia la integran mi mamá, mi papá, mis hermanos gemelos, Charly y Adam de 13 años de edad y yo, Robbie, que soy un año menor que ellos. Estudiamos en el Colegio Sherwood, somos excelentes estudiantes y nos sentimos muy bien en California. Adam y Charly son parte del equipo de futbol soccer de la escuela, y a mí ya me ha tocado participar en la olimpiada regional de matemáticas.

Desgraciadamente, en nuestro país estamos sufriendo de persecución. Mi padre, Abraham, es ingeniero en electrónica y líder de un movimiento ciudadano pacifista por lo que lo han amenazado de muerte pues tiene ideas opuestas a las del gobierno bélico de Estados Unidos. Para protegernos, decidió que lo mejor era irnos de nuestro país y refugiarnos en otro lugar, por lo que pidió ayuda al gobierno de Japón.

En la madrugada de un jueves mis papás nos despertaron y nos pidieron que recogiéramos algunas de nuestras pertenencias, puesto que había llegado el momento en que íbamos a “desaparecer”.

Llegamos al aeropuerto, y sin que casi nadie nos viera abordamos el avión. Mientras volábamos hacia Tokio todos estábamos muy nerviosos. Mis padres iban muy pensativos. A mí me preocupaba cómo nos íbamos a comunicar con otras personas y cómo nos integraríamos a una nueva sociedad.

Al llegar a Tokio vimos una ciudad enorme y moderna con una gran cantidad de población y nos gustó mucho porque tiene edificios que se parecen a los que hay en Los Ángeles o en Nueva York. A mí me inquietaba cómo sería nuestra nueva casa, la escuela, los maestros o mis nuevos amigos.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 12 a 14 años.

En cuanto llegamos a la casa en la que íbamos a vivir me quedé sorprendido, en realidad era un departamento muy chico, era un mini departamento. Todo era muy incómodo y diferente. Nos teníamos que sentar en unos cojincitos para comer en una mesa muy pequeña; dormíamos en un colchoncito bajito en el suelo y casi a diario comíamos arroz.

Todo esto era muy difícil para nosotros. Tuvimos que huir de nuestro país para proteger la vida de mi papá y que la familia permaneciera unida, pero era sumamente complicado porque en California nuestra casa era muy grande, la comida era distinta y también las costumbres. Pero lo que más nos dolía era haber dejado a nuestros amigos, primos y tíos. Mis hermanos extrañaban mucho su equipo de fútbol.

Una vez instalados en el departamento, mis papás buscaron una secundaria para Adam y Charly, y una primaria para mí. Inscribirnos no fue difícil porque como refugiados tenemos derecho a la educación.

Cierto día, al volver de la escuela, Charly le comentó a mis papás que sus compañeros se burlaban de él porque es de otro país, además que lo rechazaban por ser rubio y tener ojos azules. Adam también tuvo problemas tanto con sus compañeros como para entender las instrucciones de su maestro.

Yo me hice de un amigo, se llama Taro, le gustan mucho las matemáticas y habla muy bien inglés. Él me enseña japonés en los ratos libres, se preocupa por mí y además vive cerca de mi casa.

Mis papás están tratando de encontrar un empleo, aunque sea de obreros, porque la situación económica se nos está poniendo muy difícil. En California mi mamá Edith era maestra de ciencias en la universidad y mi papá era jefe de departamento de una empresa reconocida. En Japón no hay condiciones para que tengan un empleo similar al que tenían allá.

Afortunadamente mi papá consiguió trabajo en una fábrica de cámaras fotográficas y mi mamá en un supermercado como empacadora. Sus salarios son tan bajos que apenas alcanzan para lo indispensable. Nuestra vida ha cambiado drásticamente y, más que vivir, lo que hacemos es sobrevivir en esta región del Oriente.

Invité a Taro a venir a nuestro departamento para que nos enseñara japonés y a mi familia le gustó mucho la idea, aunque sus papás en un principio no querían darle permiso porque desconfiaban de nosotros, poco a poco, les fuimos agradando. Así, él estuvo viniendo con frecuencia a enseñarnos japonés en el departamento y a mí en la escuela.

Un día mi papá fue por mí a la escuela, noté que estaba preocupado. Le pregunté qué le pasaba y me comentó muy triste que Charly se había accidentado y necesitaba con urgencia una operación médica; lo atropellaron y el responsable simplemente huyó.

Mis padres, Adam y yo estamos desesperados, porque los refugiados sí tenemos servicios médicos, pero una operación de éstas cuesta mucho y no tenemos con qué pagar. El doctor dijo que la operación costaría cuatrocientos mil yenes. Por fortuna, mi papá pidió ayuda a una organización internacional que apoya a los refugiados y consiguieron que la operación fuera gratuita.

Unos días después lo operaron con éxito, aunque su recuperación tardó unas semanas y tuvo que estar en silla de ruedas en lo que mejoraba su pierna. Charly no fue a la escuela durante ese tiempo. Y varios de sus compañeros fueron a visitarlo y le demostraron que se preocupaban por él.

En esa época experimenté sentimientos encontrados, por una parte me sentía muy mal por lo que le había ocurrido a mi hermano, pero también me alegraba que a partir de su accidente sus compañeros le demostraran su afecto y ya no lo rechazaran como antes.

Vivir en Japón como refugiados ha sido difícil, pero también divertido, sobre todo cuando encuentras amigos como Taro, que te entienden y te ayudan. Hay momentos en que nos sentimos tristes por todo lo que dejamos atrás y quisiéramos regresar a nuestro primer hogar, pero para que eso suceda primero tendrían que cambiar muchas situaciones en California.

◆ CÉSAR RAÚL MÉNDEZ GUERRA

Nació el 8 de abril de 2001 en Aguascalientes, Aguascalientes, y radica en Tepic, Nayarit. Actualmente cursa el primer grado de secundaria en el Colegio Vizcaya y estudia artes plásticas en la Escuela Estatal de Bellas Artes. Ha obtenido varios premios y reconocimientos, entre ellos: primer lugar estatal en el xxxv Concurso Nacional de Pintura El niño y la mar; primer lugar en el 9º Concurso de Dibujo Que viva la selva Lacandona, segundo lugar estatal en el Concurso Mi pequeño gran cuento y primer lugar municipal en el Concurso de oratoria Juan Escutia.

Una nueva vida*

Diana Andrea López Cortés

Irak, 20 de marzo de 2003

Poco después de la medianoche, una barcaza emergió de la neblina nocturna que ascendía de la superficie del río Éufrates como el humor de una maldición. Bajo la tenue claridad que proyectaba un misil agonizante podían adivinarse las figuras de varios hombres acercándose trabajosa y sigilosamente hacia la orilla, en donde mi familia y yo nos encontrábamos.

Así fue como empezó la pesadilla. Un fuerte suspiro de esperanza fue lo último que expresé al mirar a mis hermanos y hermanas correr junto con mi mamá. El cielo se iluminó en un abrir y cerrar de ojos, un sonido estruendoso se convirtió en un horrible dolor de cabeza que me causaba gran molestia; al parecer, la guerra ya había comenzado. Yo no tuve más remedio que correr dejando atrás lo que alguna vez fue mi hogar, el consuelo de mis lamentos, alegrías, risas y recuerdos, alejándome también de mis amigos y vecinos. Pero lo único que me importaba en esos momentos de desesperación era encontrar a mis padres y a mis cuatro hermanos y hermanas. Mientras corría observaba cómo hombres encapuchados entraban y destrozaban sin piedad las puertas de esas casas en las que alguna vez había entrado para convivir y festejar junto con aquellas personas tan amables que me estrechaban en sus brazos; sin embargo, eso nunca iba a volver a pasar, estos monstruos poco a poco iban destruyendo todo mi pasado y con él mis recuerdos.

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 12 a 14 años.

Al correr tan rápido y sin mirar atrás tropecé con una rama que estaba por fuera de la tierra. Ya en el suelo, e inconsciente por el golpe, escuchaba en un profundo eco cómo alguien desde la lejanía gritaba mi nombre: “Shire, Shire, Shire levántate, Shire ya no hay tiempo, levántate ya”. Con gran fuerza un hombre me levantó y recogió entre sus brazos, tenía una herida en su brazo derecho; poco a poco y con gran dificultad volteé a ver el rostro de aquel hombre que me había rescatado, ese hombre era mi padre. Corrió muy lejos y me dejó en una orilla cerca del río, con gran delicadeza tomó mis brazos, me dio un beso en la frente y me dijo:

—Shire, hija, eres una niña muy fuerte, sé que apenas tienes 12 años y te cuesta mucho trabajo entender lo que está pasando; esto no es tu culpa, es culpa de esos hombres que sólo piensan en su dinero y no en las vidas de toda la gente inocente, de niños como tú que ahora están muertos. Quiero que luches y seas muy feliz, que no te importe el desprecio de los demás y que a pesar de las circunstancias siempre salgas adelante; ahora tengo que irme para buscar a tu madre y a tus hermanos. Te amo, eso nunca lo olvidas.

Ésas fueron las últimas palabras que mi padre me dijo, después lo vi desaparecer entre la niebla mientras dos lágrimas corrían por mis mejillas y con ellas se desataba el más doloroso sufrimiento de una hija hacia el familiar más importante que había en su vida.

De tanto llorar me quedé dormida con la cabeza recargada en una roca y con el corazón hecho pedazos. Al despertar parecía haber más calma en el ambiente, me levanté emocionada esperando que todo ya hubiera acabado y con la esperanza de encontrarme nuevamente con mis padres y mis hermanos, amigos y vecinos. Recorrí un largo tramo de la calle, la cual ya estaba fúnebremente destrozada, vi con gran temor cómo las casas se consumían en llamas, pero no me importó pues yo estaba segura de encontrar a mis seres queridos otra vez.

A lo lejos vi cómo unos soldados bajaban de una camioneta y arrastraban a las personas que aún estaban vivas hacia unos camiones gigantes, eso me aterró pero no había otra salida, ya estaba acorralada, cuando me vieron me tomaron bruscamente de los hombros y me echaron al mismo camión; ahí, junto con toda esa gente pasé los momentos más terribles de mi vida. Una gran sensación de miedo recorrió toda mi columna y las preguntas que me planteaba eran: ¿dónde están mis padres?, ¿dónde están mis hermanos?, ¿a dónde me llevan?, ¿qué harán conmigo? Un soldado se acer-

có al camión, cogió las puertas y las cerró, en ese mismo instante se desató el caos y temí que en cualquier momento pudiéramos morir.

Llegamos a nuestro destino, algunos soldados bajaron de la camioneta y nos abrieron las puertas, después de hacer un conteo de cuántos éramos nos dijeron:

—Pueden salir —todos emocionados empezamos a bajar, a lo lejos estaba el río Gran Zab, un soldado con gran crueldad dijo:

—Vayan, corran, no esperen más.

Al escuchar esto todos corrimos tan rápido como podíamos, mientras ellos sacaban sus pistolas y empezaban a disparar. Mi corazón latía muy rápido, parecía que se iba a salir de mi pecho. Ya estaba a punto de llegar al río junto con dos personas más, cuando una bala atravesó la cabeza de una señora que estaba a mi lado y con ella cayó su hija que la tomaba de la mano; quedé sola, era la única sobreviviente. De un brinco y sin darme cuenta caí al río, poco a poco el agua me fue alejando y los soldados perdieron mi rastro, no intentaron matarme, total que iba a hacer una niña de 12 años sola en un río, ¿morirse?, tal vez, era lo más probable, pero no. A los tres días vagando sobre aquel río y gracias a la intensidad de la corriente llegué hasta una orilla y ahí pude salir y pedir ayuda.

Al caminar encontré a una gran mujer que me recogió y me tomó en sus brazos como si yo fuera su hija; era una mujer de 53 años llamada Roshe, la cual me preguntó que qué hacía una niña como yo sola en un lugar tan feo como aquél. Después de contarle toda mi historia, la mujer se entristeció y tomó la decisión de que como ella ya no tenía familia, pues toda había muerto en un accidente, me iba a adoptar como su hija y me iba a llevar a otro país, a otro continente, a una nueva vida.

Me vistió, me dio de comer, me dio un techo y hasta me trató con mucho cariño; tramitó mis papeles nuevos y nos fuimos a Argentina, a la ciudad de Buenos Aires que se encuentra en América del Sur. Una vez ahí, tuve una gran vida, nuevos amigos y conocí personas muy lindas y amables, era como si todo lo que viví hubiera sido un sueño, una terrible pesadilla, la cual me hacía recordar a mi familia y la promesa que le había hecho a mi padre aquella noche. Me dolía saber que no volvería a verlos, pero me tranquilizaba con el simple hecho de pensar que algún día me iba a reencontrar con ellos en el cielo, ahí íbamos a pasar momentos juntos otra vez e íbamos a sonreír como antes.

En este nuevo país hay una manera diferente de pensar y hasta de hablar, me costó mucho trabajo aprender su idioma, pero poco a poco y con la ayuda de Roshe fuimos aprendiendo rápidamente. Ahora le doy las gracias a ella por haberme brindado su apoyo y su amor.

Tras ocho años de aquel día que cambió mi vida, vi en las noticias que la guerra entre Estados Unidos y mi país, Irak, ya había acabado, un 18 de diciembre de 2011. Hoy tengo 20 años y aún no alcanzo a comprender cómo los seres humanos pueden atacar a su misma especie, cómo puede haber tanta violencia y corrupción, tanta maldad y crueldad. Yo lo vi, yo lo viví, lo miré en los ojos de aquellos soldados que sin remordimiento alguno mataron a tantas familias. Hoy intento ser alguien mejor que ayer, ser solidaria y ayudar a las personas que más me necesitan, tal como lo hizo Roshe conmigo.

Después de un tiempo y de pensar bien las cosas estoy planeando regresar a Irak nuevamente, para ver si puedo ayudar a gente que me requiera.

Hoy me doy cuenta que los refugiados como yo necesitamos de una nueva vida para volver a comenzar, algunos no corren con la misma suerte, pero si de algo estoy segura es de que a pesar de las ofensas, de la discriminación por color, raza, cultura, idioma, etcétera, nunca debes rendirte, siempre hay que seguir hacia adelante sin mirar atrás, buscando *una nueva vida*.

◆ DIANA ANDREA LÓPEZ CORTÉS

Nació en la ciudad de México el 9 de mayo de 1999. Cursa el tercer año en la Escuela Secundaria Técnica núm. 14, 5 de Mayo. En un futuro desea estudiar las carreras de Química Farmacéutica Biológica y Filosofía y Letras. Disfruta leer, escuchar música, bailar y nadar.

Un nuevo comienzo: el renacer de Ishara*

Mireya Loreley Cruz de la Cruz

El silencio es agobiante y el ambiente se respira pesado. Oleadas de calor y polvo llegan a mi rostro, me sofocan tanto o más que la gente allí reunida en la plaza, dispuesta a presenciar mi enjuiciamiento como presenciaron el de otras mujeres que me antecedieron en días pasados.

Me llamo Ishara y nací en las inmediaciones de Calcuta, tengo 13 años y se me acusa, sin derecho a ello, de los siguientes “delitos”: de negarme a contraer nupcias con un hombre treinta años mayor que yo, al que no conozco pero que mi padre ha elegido para dicho propósito y para el cual mi familia se ha endeudado con el fin de cubrir la dote que corresponde por derecho a mi futuro esposo, por los gastos económicos que genera mi existencia. Me niego a aceptar la decisión de mi padre porque ello significa someter mi voluntad y libre albedrío en manos de aquél que pretende desposarme.

Casarme en estos momentos de mi vida equivaldría a truncar mis estudios —muchas mujeres abandonan sus estudios en su vida marital, pues para los hombres de mi comunidad, los estudios no son útiles en el hogar, mas yo opino lo contrario. Estoy convencida de que las mujeres somos valiosas no sólo en el hogar sino también para nuestro país, siendo gente preparada, ejerciendo distintas profesiones e incluso aquellas que sólo están permitidas a los hombres. Pero el delito más grave —socialmente inaceptable para cualquier mujer— es impedir que otros decidan por mí.

Mi pueblo me ha condenado no sólo al estado de muerte social sino a arrebatarme la vida para evitar que otras mujeres quieran seguir el sendero

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

que yo pretendí trazar. En medio de mis reflexiones, y pese al dolor y la angustia que siento, escucho los gritos de mi padre y éstos me vuelven a la cruel realidad que estoy viviendo. Observo cómo me mira con odio, repudio y desdén, y en medio del horror me pregunto: ¿dónde está el cariño y el amor que un día me prodigó cuando de pequeña me cobijó en sus brazos? Hoy lo tengo frente a mí y miro cómo se tira de los pelos y me grita que soy una mala hija, que los dioses lo castigan de la peor manera por exhibirlo públicamente ante mi comunidad —contrariamente a lo establecido—, porque no puede ejercer autoridad sobre mí.

Mi madre llora de forma desconsolada e inútilmente pretende ayudarme y convencerme de que lo mejor para mí es contraer matrimonio y dedicarme al hogar y a la crianza de mis hijos. Escucho cómo la insultan y la jalonean. Mis hermanos, Mishka y Kalu, me miran con estupor y rabia contenida. En su cabeza no cabe la idea de porqué desafíe mi condición social y me rebelo. Hasta este momento tomo conciencia de los hechos y me doy cuenta de que para los hombres he mancillado el orgullo de mi padre y de mis hermanos, pero el deseo de defender mis derechos humanos va más allá de este instante.

Estoy dispuesta a defender mi libertad y mi condición de mujer con la vida. Sé que a mi madre le duele verme así, humillada y vejada, al tiempo que me doy cuenta que mis hermanos ocultan su dolor y vergüenza. Sus esposas permanecen justo detrás de ellos —como es de esperarse— quietas, temerosas y sumisas. Su silencio es comprensible... tienen miedo a ser condenadas y morir de la misma manera que yo; pese a que en algún momento de sus jóvenes vidas también ellas albergaron el deseo de ser libres y forjar su propio destino.

Pero nadar contra corriente en un mundo donde la voluntad de los hombres prevalece por encima de cualquier derecho de las mujeres, les aniquiló sus recónditos deseos y el propósito de ser distintas al resto de las demás. Con tristeza me doy cuenta de que ellas se han conformado con ser lo que social y legalmente les está permitido, por el solo hecho de ser mujeres: esposas, madres e hijas.

Ser mujer es no tener derecho a elegir cónyuge ni determinar el número de hijos a procrear ni defender el derecho a recibir educación, porque para nosotras los estudios están por demás. Todos los días de mi vida me pregunto: ¿cuántas mujeres han tenido que tragarse su rabia y bajar la

cabeza aun a costa de su propia vida? Mis ojos buscan la mirada de otras mujeres y ellas me esquivan. Mis cuñadas mantienen fija su mirada en el suelo, no osan verme a los ojos pues temen que les reproche su cobardía. Pero comprendo su horror, la vergüenza que impone la comunidad al ser señaladas o estigmatizadas es más fuerte que su deseo por defenderme y salvar mi vida. Con un solo movimiento de manos los jueces exigen silencio. El pueblo aquieta sus ánimos pero lo que realmente quieren es verme morir. Me concederán el perdón si cumplo con la voluntad de mi padre y de mi comunidad, pero yo respondo:

—¡No, no lo haré!

Entonces, mis verdugos me levantan como un guiñapo y me azotan contra el suelo al tiempo que me gritan improperios.

El ambiente se vuelve más hostil, la muchedumbre levanta sus manos vengativas cargadas de piedras de todos tamaños y desde distintos ángulos lanzan sus proyectiles a mi cuerpo y éste empieza a contraerse por el dolor.

La sangre fluye y mi piel se rompe. Grito desesperadamente:

—¡Auxilioooooo! ¡Piedaaaaaad!, ¡un alma caritativa para esta pobre mujer!

Y nadie siente compasión por mí. Hombres, mujeres y niños me atacan y condenan. Parece que la sangre, mi sangre, aviva el ánimo salvaje de mi gente. ¿Cómo es posible que nadie me defienda? ¿Cómo es posible que hayamos llegado a estos extremos? ¿Por qué las mujeres no tenemos derecho a elegir el rumbo de nuestras vidas? ¿Por qué otros deciden por nosotras? ¡No es justo! ¿Dónde quedan mis derechos humanos? ¿Qué lugar ocupo en este país, en mi comunidad, si no soy capaz de defender lo que por naturaleza poseo? En medio del dolor mil preguntas se agolpan en mi mente y después... todo se oscurece... No oigo voces, aquel cruento espectáculo terminó con el ocaso. Todos se marcharon y yo quedé tendida en el suelo, aparentemente inerte...

Después de no sé cuánto tiempo despierto y veo mi cuerpo ultrajado, mis ropas hechas harapos, mas conservo lo más valioso que poseo: la vida, y estoy decidida a defenderla hasta las últimas consecuencias. Lentamente empiezo a moverme y con trabajo me levanto. En vano deseo regresar a mi hogar, pero mi condición no me lo permite. Ahora no tengo familia, ni padres ni hermanos ni amigas, y soy indeseable, soy la peor escoria que pueda haber en mi comunidad.

Debo marchar y buscar otro sitio para mí. Mientras me desplazo, veo las sombras de los caseríos, escucho ciertas voces y el aullar de algunos perros. Los grillos lanzan sus silbidos al aire y son mis únicos compañeros de viaje. La luna ilumina el sendero que tomo para ir en busca de otro lugar.

Tengo que darme prisa porque si al amanecer no encuentran mi cadáver, seguramente me buscarán y pedirán que me decapiten.

¿Cuántas horas he caminado? ¡No lo sé! El hambre y la sed me tienen acorralada y busco un lugar donde satisfacer mis necesidades básicas. A lo lejos veo un grupo de jóvenes de piel blanca, con ropa muy distinta a la mía. Mujeres y hombres visten de blanco y atienden a otras mujeres de distintas edades que se parecen un poco a mí. En la incertidumbre no sé si aproximarme o no, pero decido correr el riesgo y me acerco. Una doctora me mira y sin pensarlo dos veces grita a sus compañeras y juntas me asisten. Las escucho y se sorprenden de verme viva. Hay un médico joven que habla mi idioma, me interroga al tiempo que me atienden las doctoras. El temor a ser castigada por hablar con un varón me impide responderle y permanezco en silencio como una piedra. Las doctoras suturan mis heridas e introducen agujas en mis muñecas para trasfundirme sangre. Poco a poco el calor de mi cuerpo empieza a estabilizarse y mi respiración también.

Me encuentro en un centro de apoyo para refugiados y mi estancia aquí por el momento es segura. Pero debo irme pronto porque tarde o temprano vendrán por mí.

El responsable del lugar me hace saber que tiene pocas posibilidades de poder ayudarme en mi país, a no ser que decida abandonarlo y empezar de nuevo. De manera que no sólo mi familia me abandona, sino que ¿tampoco tengo cabida aquí, en mi patria, con los míos, con mi pueblo?

—Sí, así es —me responde el encargado.

Alguna vez se han preguntado ¿qué puede pasar por la cabeza de una adolescente que de un momento a otro se ve impedida a vivir en su comunidad o en el país que la vio nacer y que de pronto es considerada un ser inexistente y obligada a salir, a pedir refugio o asilo por las razones antes expuestas? Una mujer se acerca a mí y me cobija con sus escuálidos brazos llenos de amor y compasión. Me dice:

—¡Es preciso buscar nuestra felicidad y libertad en otro lugar; en otro país si es necesario y vivir dignamente, luchar por ser lo que siempre hemos

deseado y que por distintas razones y circunstancias nuestro pueblo nos lo impide, por el simple hecho de ser mujeres!

Miré atónitamente a mi interlocutora, una mujer más joven que yo, pero con una enorme convicción y fe de lograr sus propósitos, tenía pintado todavía el *bindi*¹ en su frente a pesar de que, por extraños designios del destino, su esposo muriera hacía pocos días, y la familia de él pretendiera llevar a cabo el rito del *sati*² o, en su defecto, condenarla a vivir en la ciudad de Vrindavan.³ Ninguna de las dos propuestas le parecieron atractivas. Huyó en la oscuridad de la noche y ahora su cabeza tenía precio igual que la mía.

Si en algo coinciden nuestras historias es en la condición de ser mujeres y mostrar nuestra inconformidad ante las imposiciones sociales de nuestro noble país.

Mis ojos recorren el entorno y miro el rostro apagado y marchito de cientos de mujeres en busca de refugio y de un lugar digno para vivir; un lugar que les ofrezca el goce pleno de sus derechos humanos sin importar su condición social, su género, su raza, religión, e incluso, me atrevo a decir no sin cierto pudor, independientemente de su preferencia sexual.

Hasta este momento comprendo que tengo una segunda oportunidad y que está en mis manos la decisión de emprender un nuevo comienzo en otro país. Se acercan agentes de las Naciones Unidas para los refugiados para informarnos que dentro de pocos días, las que queramos irnos a México, nos acerquemos a ellos con la garantía de salvaguardar nuestros derechos y nuestra integridad física.

¡México!, no conozco ese país. El temor se hace evidente en el rostro de varias mujeres, pero los agentes nos dicen que no temamos, que en México las mujeres tienen libertad de continuar con sus estudios, de elegir el rumbo de sus vidas y que la gente es muy cálida.

Lo pienso un poco más y finalmente decido marcharme.

La travesía ha sido bastante larga, pero hemos llegado bien. Nos instalamos y en el albergue nos proporcionan comida, atención médica y lo indispensable para estar cómodas.

¹ El lunar rojo, señal de su estatus social de ser casada.

² Inmolación de la viuda en la pira funeraria de su esposo.

³ Sitio destinado a las mujeres viudas.

Lo mejor de todo es que puedo continuar mis estudios, aunque antes tengo que aprender un nuevo idioma y compaginarlo con el mío. Quiero ser médica y ayudar a tantas y tantas mujeres que llegan aquí, corresponder la ayuda que me ofrece el gobierno mexicano poniendo empeño en mis estudios. Ahora estoy segura de un nuevo *comienzo*: el renacer de Ishara está iniciando...

◆ MIREYA LORELEY CRUZ DE LA CRUZ

Nació el 25 de noviembre de 1997 en Milpa Alta, Distrito Federal, ha sido becaria durante tres años consecutivos del Programa Niños Talento-DIF, donde cursó el taller de Creación literaria. Es egresada de la escuela Secundaria Técnica núm. 43, Luis Enrique Erro y actualmente es alumna del Colegio de Bachilleres núm. 4, Lázaro Cárdenas.

Uno más de muchos otros*

Jesús Alejandro Hernández Márquez

Qué es la vida sino más que una larga e interminable sucesión de movimientos, desplazamientos y recorridos, algunos hermosos, otros no tanto, pero todos con el mismo final, el de no saber qué es lo que nos depara el futuro y qué es lo que hay más allá del horizonte.

Mucho tiempo atrás mi vida era bella y hermosa, todo era relativamente estable, tenía apenas 15 años y muy pronto cumpliría los 16; entraría a la escuela preparatoria, el futuro me era prometedor y mis notas eran excelentes. Vivía con mi madre y mis dos hermanas menores en un modesto apartamento; nunca conocí a mi padre aunque, siendo honesto, nunca tuve muchos deseos de verlo. Nunca me faltó nada aunque muchas veces renegaba y maldecía por no tener ciertas cosas, en fin, todo era más o menos normal.

Un día tuve un sueño extraño, me encontraba yo y solo yo, y delante de mí la interminable oscuridad, y cientos de gritos y sonidos extraños se escuchaban a mi alrededor... después desperté un poco temeroso por aquella pesadilla. Ya eran las 5:30 de la mañana y decidí levantarme, ducharme y prepararme para lo que sería uno de mis últimos días de secundaria. Esperaba que fuera un día igual a los demás, nada fuera de lo normal, pero aquel día hubo una breve charla, como parte de una campaña de conciencia social que organizaba la ONU, sobre las personas refugiadas que pasan penurias y desgracias a causa de problemas ajenos, políticos o sociales, después nos pidieron apoyo —como comida—, para esas personas.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 15 a 16 años.

En esa charla también nos dijeron: “hoy apoyemos a estas personas, porque mañana ellas pueden ser nosotros y nosotros podemos ser ellas”. A excepción de esa charla el día fue bastante normal.

Saliendo de la escuela una de mis mejores amigas me dio una carta en forma de corazón, ella me pretendía y yo sentía cierta atracción por ella pero nunca me había animado a demostrárselo. Algo en esta etapa de mi vida me era confuso, en ocasiones me sentía extraño o desorientado, me empezaba a crecer pelo por todas partes y experimenté sensaciones que nunca antes había sentido. Durante toda la semana siguiente las cosas fueron normales, nada más allá de la vida cotidiana de estudiante.

El fin de semana fuimos al parque con mi madre y mis hermanas, conocí a una hermosa mujer de 29 años que dijo haberme conocido cuando yo era muy pequeño, fue muy amable conmigo, al despedirse de mí me dio un beso en la mejilla, sorprendentemente muy cerca de los labios, fue algo extraño aunque peculiarmente confortable y emocionante. Cuando volvimos a casa recogí el cuarto, hice un poco del aseo doméstico y finalmente me recosté en el sofá y prendí el televisor. Vi las noticias y éstas informaban sobre múltiples manifestaciones a lo largo del país, en las imágenes se veía a personas derrumbando la estatua del presidente, la policía antidisturbios lanzado gases, algunos tanques o vehículos arrojando fuertes chorros de agua y manifestantes aventando piedras y palos, además de varias mantas y carteles acusando al gobierno de opresor y al régimen de totalitario.

Mi madre se angustió al ver tales escenas, pero al instante mis dos hermanas menores llegaron gritando y saltando, me arrebataron el control, cambiaron de canal y se pusieron a ver las caricaturas, un poco molesto me levanté y me fui a dormir. Mientras conciliaba el sueño pensé en lo visto en la televisión y aunque no me preocupó, pensé: cómo es que este pacífico país del mediterráneo, de la noche a la mañana estaba inmerso en tal situación.

Al instante recordé lo que había dicho un vecino:

—Pronto en este país habrá un ataque o un golpe de Estado por parte de nuestro vecino del Oeste ¡ya lo verán!

Desde hace más de 30 años las relaciones entre nuestros países se fueron deteriorando y nuestras diferencias eran notables, aquí se vivía al estilo americano, había libertad y casi ninguna privación; en cambio con nuestro

vecino del Oeste las cosas eran diferentes, allá reinaba el machismo, el gobierno era totalmente radical y religioso, se decía que la vida allá era dura y el presidente era opresor y dictador; pero a pesar de ello la influencia de aquel país se extendió por toda la región e incluso llegó hasta el nuestro, algunas veces surgían grupos extremistas, radicales y religiosos de carácter político. Pensar en toda esta situación terminó por estresarme y mejor me dormí.

A la mañana siguiente me desperté temprano con muchos ánimos, me preparé para ir a la escuela, desayuné y me fui. Todo el mediodía transcurrió con normalidad y así fue toda la semana, pero el viernes cuando llegué a mi casa las cosas me parecieron fuera de lo común, los vecinos parecían evitarme y cuando llegué a mi apartamento las cosas estaban hechas un desastre, mi madre estaba tirada en el suelo y mis hermanas sumidas en el llanto, cuando le pregunté qué había sucedido me dijo:

—Llegaron personas con armas, nos amenazaron y preguntaron dónde estaba mi marido, yo les dije que no sabía, pero ellos no me creyeron y me golpearon, después sonó el celular de uno de ellos y así como llegaron se fueron.

Al ver esta escena sentí una gran angustia y ese fin de semana decidimos pasarlo en la casa de un tío al otro lado de la ciudad.

El domingo por la tarde volvimos, al parecer todo estaba como lo habíamos dejado. Estaba agotado y lo único que hice fue echarme en la cama, después de eso me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente desperté, ya era un poco tarde, así que me apresuré para llegar a tiempo a la escuela, pero para sorpresa de todos había un cartel en la entrada que decía: “Clases suspendidas por tiempo indefinido”. Ante esto sentí una gran incertidumbre, pero uno de mis compañeros dijo:

—Ahora, por fin tendremos tiempo libre. ¿Quién quiere ir a mi casa? Está sola y tengo muchos videojuegos.

Entonces, no haciendo caso de la situación que se desarrollaría más adelante decidí ir un rato a la casa de mi compañero.

Después de pasar un momento muy agradable me dispuse a volver a mi casa, traté de contactar a mi madre pero no contestó, cosa que me pareció inusual ya que ella siempre contestaba su celular; después, un poco preocupado me dirigí al apartamento. Durante el trayecto vi vehículos del ejército y la policía por las calles, lo cual era una señal de que algo no andaba bien.

Cuando llegué al apartamento subí las escaleras a toda velocidad, la puerta estaba abierta y la casa nuevamente hecha un desastre, todo estaba fuera de su lugar. Fue aterrador cuando encontré una nota que decía:

“Hijo, espero que veas esto, las personas de la vez anterior volvieron, dijeron que mi marido era un criminal y enemigo de Dios, se llevaron a tus hermanas y abusaron de ellas, en la desesperación escribí esto para ti. Ahora nada es *seguro*, escapa porque te buscarán, no confíes en nadie y vela por tu *seguridad*, no te preocupes por nosotras. Ahora, en este momento de desgracia lo más importante eres tú.”

Justo cuando terminé de leer esto una lágrima brotó de mi ojo y una impotencia inmensa me invadió.

Enseguida agarré mi mochila, la llené de comida, un poco de ropa y salí corriendo; corrí por las calles y en cada una de ellas el peligro y la anarquía se propagaban rápidamente. Ahora todo era un caos o eso veían mis ojos; honestamente no sabía a dónde iba y para empeorar las cosas comenzó a llover. Busqué un refugio y comencé a pensar objetivamente: si esto venía del Oeste entonces me dirigiría al Este, hacia un nuevo país donde pudiera estar a salvo de toda la situación. La frontera se encontraba a menos de cien kilómetros y sólo tendría que cruzar el río, ahí estaría a salvo.

Según mis cálculos tendría que caminar ocho horas diarias, pero todo resultó ser más difícil de lo que esperaba. En mi primer día de caminata se me hicieron ampollas en los pies, el sol quemó gran parte de mi cuerpo y mi ropa estaba empapada. Durante la noche dormí bajo un árbol espinoso de esos que sólo crecen en las áridas tierras del mediterráneo, rodeado de un interminable desierto, sin caminos y ahora muy peligroso.

Al segundo día de caminata llegué a duras penas a una pequeña aldea, los lugareños se apiadaron de mí, me dieron agua y techo, al día siguiente llené varias cantimploras de agua, cogí comida, di las gracias y continué mi viaje de forma solitaria.

En mi tercer día de caminata no paré de avanzar hasta que por fin en la lejanía vi el río; tuve una sensación de satisfacción pues, al parecer, caminar tres días bajo un calor abrasador y con los peligros del desierto había dado sus frutos, ahora me encontraba a sólo una pequeña distancia de la frontera y, por ende, de la seguridad. Cuando llegué a la orilla del río todavía quedaban unas cuantas horas de sol y me di cuenta de que yo no era el único en mi desesperada situación, un grupo de por lo menos unas cinco

personas cruzaron el río, pero al instante un convoy del ejército de aquel país los detuvo, los sometió y se los llevaron, ante tal espectáculo me atemoriqué y decidí quedarme bajo los matorrales espinosos hasta el anochecer para, bajo el velo de la noche, cruzar el río, ya que eso me daría protección y alguna posibilidad de escapar si el ejército del otro país me descubría.

Esperé a que el sol se ocultara totalmente y me armé de valor aun cuando no sabía nadar muy bien, adentrándome en las traicioneras aguas del río. La desesperación me invadió, comencé a patalear, la sensación de ahogo hizo que mi cuerpo se sumiera en el miedo. Todo parecía el fin, cerré los ojos e hice el intento de nadar, afortunadamente mi equipaje flotaba, no sé cómo pero flotaba, me aferré a él y por gracia del destino llegué a la otra orilla del río. De ese lado crecían matorrales tan grandes como hombres, me adentré en ellos y no muy lejos encontré un claro, agotado y conmocionado me arrojé al suelo y ahí me dormí.

Al día siguiente, cuando desperté, el sol me daba de lleno en la cara, tenía dolor de cabeza y de cuerpo, pero ese día era especial, puesto que era mi cumpleaños número 16, no obstante, se convirtió en algo completamente diferente a lo que había pensado, pasé todo el día en el suelo abrasado por las sombras y devoré casi toda la comida que me quedaba. Al anochecer vi el cielo, las estrellas, el viento acariciaba mi piel y con un sentimiento perturbador comencé a recordar a mi familia, la escuela, todo lo anterior y me pregunté cómo todo esto había sido tan rápido, lloré desconsoladamente hasta que no pude más y me dormí.

Cuando desperté sentí un pequeño golpe en la espalda, abrí los ojos y era un soldado africano con casco azul, momentos después aparecieron muchos más, pero me percaté de que una mujer rubia de piel blanca y ojos verdes se acercó y me dijo:

—Pero qué aspecto tienes, no imagino todo lo que has pasado. ¿Cómo te llamas? —la miré a los ojos pero no le contesté, me preguntó: —¿De dónde eres? ¡Hey!, contesta. ¿Dónde está tu familia?

En eso sentí una gran tristeza, brotaron lágrimas de mis ojos, sentí mucho mareo y me desmayé.

Cuando por fin recobré el conocimiento estaba en una casa de campaña, dentro de un gran campamento repleto de gente, después la misma mujer rubia de ojos verdes me vio, sonrió y dijo:

—Menos mal que estás bien, estaba preocupada por ti, bueno bienvenido, éste es un campamento de refugiados; según los informes los extremistas han tomado el poder, la situación es delicada y éste será tu hogar hasta que las cosas en tu país se calmen.

Después se fue.

Me volví a acostar pero decidí salir, y heme aquí, en un campamento de refugiados, donde la desgracia y la necesidad se entrelazan a cada momento, donde la comida es escasa y la higiene insuficiente, aquí hay de todo, mujeres embarazadas, bebés, hombres, niños, pero algo más sorprendente es escuchar los testimonios y experiencias de cada uno de ellos, y aunque toda esta situación es algo deprimente y angustiante, aquí estoy con la frente en alto, en mi nuevo destino como refugiado, a merced de la diplomacia y la comunidad intencional, dispuesto a forjar un nuevo destino, para el día de mañana encontrar a mi familia y seguir con el espléndido y prometedor futuro que las circunstancias y los problemas me arrebataron.

◆ JESÚS ALEJANDRO HERNÁNDEZ MÁRQUEZ

Nació el 20 de diciembre de 1996 en la capital del estado de San Luis Potosí. A los siete años comenzó a escribir relatos cortos y siempre tuvo un gusto especial por la lectura. A los 16 años empezó a escribir de manera más regular. Actualmente estudia en el Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos de San Luis Potosí (CECYTE); es integrante de la rondalla de la Facultad de Ingeniería de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí (UASLP). Le gusta la filosofía y planea estudiar alguna carrera del área de Humanidades.

Recuerdos de mi hogar*

Josué Daniel Hernández Escamilla

Hoy se cumplen dos años, dos años desde que dejamos Alepo. También son dos años desde que vi por última vez a mi madre y a mis hermanas.

En marzo de 2011 mi padre, Khalil Abdony, decidió que debíamos irnos, que teníamos que salir del país. Mi madre no dijo nada, pero yo sí me atreví a preguntar por qué nos íbamos. Mi papá me vio a los ojos y me dijo que teníamos que irnos de Siria porque comenzaría una guerra.

—¿Una guerra? —pregunté—, ¿una *yihad*?

—No —contestó él—, una revolución.

—¿Cómo lo sabes? —volví a preguntar.

—Tengo amigos en el ejército y me dicen que hay rumores de que se planea una rebelión contra el gobierno. Eso es todo lo que debes saber.

—¿Cuándo comenzará?

—Tal vez en unas semanas.

—¿Por qué no podemos quedarnos?

—Porque moriremos.

Esa tarde preparamos nuestras maletas. Sólo pude traer la mitad de mi ropa y unas pocas cosas más. Todo fue muy rápido para mí que sólo tenía nueve años. En la noche nuestras bolsas y maletas ya estaban listas. No pude dormir hasta el amanecer. Estaba sorprendido de lo que pasaba. ¡Nos íbamos de Siria! Dejábamos nuestro hogar. No podía creerlo.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

Me subí a la azotea cuando salía el sol. La ciudad se veía hermosa. Las casas, los edificios, los minarettes, las cúpulas. Todo Alepo brillaba. Nunca la había visto así. A las ocho de la mañana almorzamos. Luego fuimos a la central de autobuses de la ciudad, pero tardamos mucho tiempo en llegar. Las calles estaban llenas de manifestantes con pancartas y altavoces. Nuestro taxi avanzaba lentamente.

Cuando estábamos a dos cuadras de la central, nos bajamos y caminamos hasta allí, donde estaban ya mi abuelo Kaled, mi madre, Qamra, y mi hermana Amira. Fátima había venido conmigo y mi papá.

Compramos los boletos y esperamos. Llegó el autobús y subimos. Yo aún no podía creerlo. Ni siquiera pude despedirme de Mohammed, mi mejor amigo. Con la prisa tampoco lo recordé. Mi padre había tomado otra decisión rápida, sin pensarla. Siempre hacía eso. No habría ninguna guerra, todo era sólo manifestaciones. No había peligro.

Salimos de la ciudad y tomamos la carretera hacia la ciudad de Kilis, en Turquía. El viaje nos tomaría unos sesenta minutos. Mi papá creía que allí podríamos vivir mientras pasaba la supuesta guerra.

Llevábamos media hora de camino, cuando unos hombres armados y con la cabeza cubierta salieron de la nada y pararon el autobús. Iban a asaltarlos. Los asaltos eran comunes, pero sólo en las noches, así que esto nos sorprendió. Los ladrones nos obligaron a bajar y nos pusieron en dos filas, una de hombres y otra de mujeres. Nos quitaron todo. Cuando creíamos que ya habían acabado, uno de ellos pasó frente a las mujeres y fue señalando a varias, entre ellas a mi madre y a mis dos hermanas. Las subieron al camión y se fueron. Mi abuelo quiso detenerlos, pero le dispararon en un pie.

Nos quedamos un rato sin hacer nada, hasta que alguien propuso que siguiéramos caminando hasta la frontera, porque volver a la ciudad no era seguro. Dijo que un pariente le había llamado por teléfono para decirle que hubo enfrentamientos fuertes entre la policía y los manifestantes, y éstos habían tomado el centro de la ciudad y parte de la periferia. Mi padre se puso a pensar un buen rato. Sabía que su esposa e hijas no regresarían. Sabía que los “manifestantes” eran en realidad rebeldes. Sabía que lo mejor era continuar. Nos unimos a los que iban hacia la frontera. Él y otro hombre cargaron en sus hombros a mi abuelo. Yo estaba completamente sorprendido. ¿Qué había pasado? ¿No estábamos en la mañana en Alepo? ¿Por qué ahora caminábamos bajo el sol por la carretera hacia Kilis? Nos detuvimos

cuando oscureció y montamos un pequeño campamento. Alguien encendió una fogata. Y entonces los asaltantes regresaron, seguramente por no querer dejar testigos de lo que hicieron.

El camión venía a toda velocidad. Nos dispararon desde lejos. Yo me tiré al suelo y caí junto a un hombre herido. Oí cómo se detuvo el autobús y a hombres bajar de él. Mataron a los que intentaron huir y luego pasaron a revisar que los que estábamos tirados no siguiéramos vivos. Yo me salvé de que me dispararan porque el charco de sangre que brotó del hombre a mi lado me salpicó y les pareció que estaba muerto.

Cuando se fueron, los únicos sobrevivientes éramos mi abuelo, mi papá, yo y otros dos hombres. Ésa fue la única noche que vi llorar a mi padre. Seguramente por sus hijas y su esposa. Yo también lloré... A la mañana siguiente otro autobús de la ciudad que pasaba nos recogió y nos llevó hasta la frontera con Turquía. El chofer le contó a mi padre que la policía había masacrado a decenas de jóvenes durante las manifestaciones y que todo se había vuelto un caos.

Logramos cruzar la frontera y llegamos a Kilis. Lo primero que mi abuelo hizo fue dar gracias a Dios. Yo no lo hice. Hoy, cuando por la radio oigo lo que está pasando en Alepo, ¡sí lo hago!, le doy gracias porque nos libramos de la guerra. Pero en ese momento no podía hacerlo. Había perdido a mi madre y a mis hermanas, y había estado a punto de morir dos veces; todo en un solo día. No podía agradecer por eso. En Kilis nadie nos ayudó. Tuvimos que empezar desde cero. Mi padre y mi abuelo, una vez recuperados de sus heridas, buscaron trabajo en muchos lugares, pero nadie les abrió las puertas.

Cada día veía a mi abuelo más decaído y a mi padre más desesperado. Tuvimos que vivir cerca de dos meses en el albergue para gente pobre de una mezquita, hasta que nos echaron. Los directores creían que ya era tiempo de que mi padre se ganara el pan solo. Dormimos en las calles y en los parques tres noches, comiendo de la basura, hasta que mi padre consiguió un empleo como mesero. Mi abuelo fue contratado como bibliotecario varios meses después.

Ahora vivimos en un cuarto alquilado de una vecindad... En Alepo nuestra casa era de cuatro cuartos, un gran patio y cocina.

Yo voy a la escuela por las mañanas y trabajo con un zapatero por las tardes. Ha sido muy difícil empezar otra vez aquí. No sabemos nada de mi madre ni de Amira y Fátima. Mi abuelo murió hace ocho meses de cáncer.

Todos los días tenemos que lidiar con el hambre y los maleantes; y con el señor Hassim, el policía que controla este barrio. Ha azotado dos veces a mi padre por “supuesto robo”. Él no ha robado nada, pero ese gordinflón motociclista azota a quien sea, nada más para asustarnos.

¡Éste no es mi hogar!, ¡Ésta no es mi ciudad! Mi ciudad es Aleppo, ¡allí está mi hogar! ¡Allí nací! Allí quiero volver... Pero no podemos, no hasta que acabe la guerra.

Si yo fuera el encargado de esto, haría que todo acabara hoy mismo, pero no es así. Miles han muerto en mi país, y nadie hace nada... Ni los americanos ni los europeos ni los turcos. Lo único que el mundo hace es ver cómo nos matamos entre nosotros. Ojalá que esto acabe ya y podamos regresar a Aleppo, ¡a Siria! A mi hogar.

◆ JOSUÉ DANIEL HERNÁNDEZ ESCAMILLA

Nació el 22 de enero de 1997, en Gómez Palacio, Durango. Siguiendo el ejemplo de su padre, desde muy pequeño comenzó a leer. Pronto encontró en los libros un agradable pasatiempo y una ventana a muchos y distintos mundos.

Gallito*

Pablo Primitivo Béjar Navarro

Hasta ahora, yo no sabía qué era el genocidio, lo mencionan mucho en la tele y me di cuenta que yo lo viví en carne propia. La gran carnicería maya continuaba por aquellos años, cientos de personas morían sólo por el hecho de pensar diferente, hablar en contra del gobierno, pertenecer a otra religión o ser *indio*, como dice la gente ladina. Después del golpe de Estado que, ahora sé, fue un éxito de los ricos de Estados Unidos, este país puso al presidente Efraín Ríos Montt del Partido de la Democracia Cristiana. Al entrar comenzó a matar gente sin piedad, en especial a indígenas como yo, a quienes nos dijo estas palabras: “Si están con nosotros, los alimentaremos; si no lo están, los mataremos”.

Los guerrilleros seguían luchando, pero las fuerzas se agotaban; soy producto de la guerra. Ahora vivo en México, aunque soy indígena guatemalteco. Perdí todo por la guerra, todos los días tengo esa pesadilla que me impide dormir, doy vueltas en la cama y como ya no puedo seguir durmiendo me levanto a deshoras, bien temprano, y me pongo a trabajar con la esperanza de que con la chinga se me vayan de la mente esas imágenes que me atormentan, la culpa de no haber podido hacer nada en ese momento, la idea de que mejor debí dejar que me mataran, de que debí echarme encima de aquel animal vestido de verde que tomó de los pies a mi hermanito, el Pichito, para estrellar su cabecita contra un árbol donde estaba colgada la llanta en que jugábamos con mis otros hermanitos; mientras yo, inmóvil, observé esa diabólica escena sin mover un solo dedo para salvar mi vida.

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 15 a 16 años.

Ahí mero despierto preguntándome qué habría pasado si yo hubiera hecho algo, me invade el remordimiento, siento que fui un cobarde, sometó mi cabeza y me pregunto para qué me salvé, pienso que yo debí morir junto con mi familia, porque vivir así es como un largo castigo y si no me he matado es porque creo que tal vez merezco este tormento, por no tratar de defenderlos. Me levanto mentando madres y el ruido que empiezo a hacer despierta a todos, por eso me dicen *el Gallito*, pero muy pocos saben por qué me levanto tan temprano y hasta dicen que soy bien listo. La furia y el rencor no me dejan en paz.

Yo aún era un niño pequeño, tan sólo tenía seis años, vivía con mis padres, hermanos, abuelos y tíos en la misma casa. Ellos trabajaban en el campo, vivíamos en la montaña, cerca de la frontera con México. Todo comenzó ese día, el pueblo estaba tranquilo, aunque fuera de éste había la peor matazón de la historia de mi país.

Como todos los días, los hombres mayores fueron al trabajo, las mujeres se quedaron en las labores de la casa y los niños, a jugar. Así estábamos cuando llegaron unos militares. Al principio todo mundo se asustó, pero después, como vieron la bandera se tranquilizaron. Pasó la mañana y por la tarde ellos estuvieron observando detenidamente a todo el pueblo, como un cazador lee cada movimiento de su presa. La pesadilla comenzó por la noche, estábamos a media cena comiendo unos elotes cuando se escucharon ráfagas y gritos por todas partes, los hombres mayores intentaron ocultarnos pero no les dieron tiempo. En esos instantes entraron dos militares y comenzaron a disparar, primero murieron los grandes, violaron a todas las mujeres y niñas, después mataron a los niños; ni los chuchos se salvaron. Yo sólo veía, mi única reacción fue hacerme el muerto, un truco que mi padre me había enseñado por si algún día pasaba lo que pasó esa noche. Me tiré entre mi familia ya muerta y como ya me habían dado un machetazo, pensaron que ya no había necesidad de rematarme. Mataron sin piedad a ancianos, mujeres embarazadas, niños y pichitos, entre ellos, mi hermanito Juanito. Salí por la puerta del gallinero entre los sembradíos, no tuve tiempo de agarrar nada, dejé todo, lo único que pude llevarme era lo que traía puesto.

Caminé por varias horas hasta que llegué a la aldea vecina, pedí a la gente un lugar donde pasar la noche, pero todos me cerraron las puertas de su casa por el miedo de que los soldados vinieran detrás de mí, además de que estaba bañado en sangre. Pasé la noche debajo de un autobús viejo y al otro

día lavé mi ropa en el río y me curé un poco la herida que tardó semanas en sanar (no sé ni qué me rompieron con el machetazo que recibí cerca del pescuezo, pero la cosa es que el hombro me quedó como encogido, como si tuviera yo mucha vergüenza).

Me dio hambre, pedí trabajo pero no me daban, algunos por la edad o el idioma y otros porque decían: “¡ay! qué asco, un indio. Si lo contratamos se nos va la clientela”; pedí limosna aunque a mucha gente le daba asco darme el dinero y me lo aventaban al piso. Así la pasé varios días hasta que conocí a Pancho, él tenía 15 años y estaba a punto de pasar la frontera, le pedí que me llevara con él, nos entendíamos porque hablaba mi lengua, trabajaba en un mercado moviendo cajas y a duras penas me consiguió trabajo.

Al juntar el dinero suficiente, pasamos la frontera. Aquí, el Pancho ya la pasaba bien pero yo no, todo mundo me veía con desprecio por como hablaba y por mis vestimentas, ya que aún no juntaba yo para comprarme otras. Pancho comenzó a enseñarme el español, le agarré más o menos y poco a poco me fui haciendo entender. Conseguí un mejor trabajo de ayudante de carnicero, la diferencia eran 200 pesos más; sin embargo, los malos tratos del patrón nunca se fueron. Una vez, me golpeó sólo porque tomé un poco de agua del garrafón, ya que nada más me daba permiso de tomar agua de la llave.

Pasó el tiempo y rentamos un cuarto, lo malo era que siempre al irnos al trabajo, en una esquina se juntaba una banda, y cuando pasábamos nos insultaban, ya sea porque vivíamos juntos o porque veníamos de otro país, nos gritaban: ¡chapines!, ¡indios!, y un montón de cosas que nos hacían sentir muy mal, pero casi siempre los ignorábamos.

Hace unos años me animé a contarle mi historia a Pancho, él lo tomó bien y me dijo que sus padres también habían muerto en la guerra y que después de eso vivió con Félix, su hermano mayor, pero cuando Félix se enteró de que los que habían matado a sus familiares habían sido los del ejército, de tanto enojo se metió a un grupo de guerrilleros, y le dijo a Pancho que huyera lo más lejos de Guatemala. Así lo hizo y tiempo después supo que su hermano había muerto en una emboscada cerca de Huehuetenango.

Ese día que nos sinceramos, lloramos bastante y a partir de ahí nos tuvimos más confianza al saber que éramos hijos de la misma tragedia. Uno de esos días, allá por el año 1996, pensé en mi pueblo y mi gente, se lo conté a Pancho, estaba haciendo un ahorrito para poder visitar mi pueblo y las

tumbas de mi familia. Me dijo que intentaría contactar a un guerrillero para que le diera información, se rumoraba que ya estaba terminando la guerra.

Pasaron los días y por fin logró contactarlo, él vino –no sé cómo– y nos dijo que nos esperaríamos unos meses más, porque en donde se localizaba mi aldea había grandes objetivos enemigos. Le pregunté si esas tierras, como eran de mi familia, podía reclamarlas, me respondió que tal vez no porque la mayoría de esos pueblos fueron enterrados, quemados, desaparecidos, sin dejar huella, y no sabían cómo localizarlos, además de que esas tierras no tenían papeles.

Pasaron seis meses y acabó la guerra, de inmediato preparamos el viaje, ahora tenía 12 años. De preguntada en preguntada fuimos buscando, por un camino encontramos un viejito que se acordaba más o menos por dónde estaba mi aldea y llegamos. Desconocí por completo aquel lugar donde viví tantos días felices y una noche de infierno, ya no había nada, lo habían enterrado. En algún rincón de esas tierras habían quedado sepultados todos mis seres queridos, pero no sabía exactamente dónde (dicen que cuando los militares “barrían” con las aldeas, arrasaban hasta con los restos de las casas que quedaban después de quemar todo, para no dejar ni rastro). De todos modos, desde esa vez y cada que voy, pongo flores en el árbol que pienso que es donde mataron al Juanito. Me acuerdo que esa vez nos quedamos como tres días llorando y tomando trago (ésa fue la primera vez que lo probé) para calmar la pena.

Ahora tengo casi treinta años, el Pancho se fue pa'l norte y yo caí en el vicio de tomar, cada vez que me acuerdo me pongo a “chupar”, principalmente porque todavía no puedo olvidar que esa noche no pude hacer nada para ayudar a mi familia.

Acabó la guerra con un tratado de paz que no metió a los culpables a la cárcel, eso me da más rabia todavía, mi vida ya no tiene sentido, soy un cuerpo con el alma perdida, varias veces me han dicho que debería olvidar ese horrible pasaje, pero no puedo, ahora ya ni me acuerdo de mi lengua, sólo pienso en esa noche, mi vida vive de ella, ahora ya ni me interesa que me llamen indio o chapín, ni que me maltraten y humillen.

Ahora no se cuál es mi destino porque no existe lugar en la Tierra donde habiten seres humanos que me respeten por mi forma de pensar, vestir o hablar, para todos ellos sólo soy *el Gallito*, el que despierta a todos, el

que siempre está sonriente; aunque nadie sabe que por dentro estoy como podrido, envenenado de esa furia que nunca se va, de la tristeza que nunca muere.

Cuánta gente más tiene que morir para que el ser humano comprenda que todos somos iguales. Tristemente existen las razas y eso es lo que ha provocado las más grandes masacres de gente inocente. Para consolarme, me han platicado que lejos de aquí, al otro lado del mar, en un lugar que se llama Europa, hace muchos años, también mataron a mucha gente, porque a unos señores se les metió en la cabeza que su raza era superior a todas, y todos esos... judíos –creo que se llaman– fueron muertos peor que animales.

Cuántos *gallitos* más habrán en el mundo que son arrancados de su tierra como los árboles son arrancados por las máquinas, desde lo más profundo. Cuántos más tienen que morir por ser de distinta raza, y piensen y vistan diferente; cuánta gente más tiene que abandonar sus tierras, sus raíces, su gente sólo por el hecho de ser distinta, por los intereses de potencias mundiales, de cabrones que matan para hacerse más ricos, sin importarles el sufrimiento de las gentes. Ahora miro a mi alrededor y no veo más que blanco por todas partes, cualquier rumbo que yo agarre es bueno porque a nadie le importa este pobre chapín que camina como si siempre tuviera vergüenza, que nada más sirve pa'trabajar y pa'chupar. Pero, qué será de todos aquellos que, como yo, tuvimos la desgracia de nacer indios, pobres y chapines pa'rematar; cuándo pararemos de sufrir, abandonando nuestra tierra por salvar la vida, pa'buscar como dicen ahora: "el sueño americano", que no es otra cosa que un acto de justicia: llegar hasta las barbas de nuestros verdugos para embarrarles en la cara la miseria que provocan en mi olvidada tierra centroamericana.

Cómo sufre mi gente, cómo sufrimos; despojados del amor de los que nos amaron, de la tierra que alguna vez nos dio de comer, despreciados incluso, por gente de nuestro mismo color. Pero yo estoy aquí, vivo, creo que por algo será.

Ojalá que algún día este país tan bonito nos trate como iguales y los que vengan detrás de mí tengan una vida mejor, yo viví en un campamento donde dicen que ahora está muy bien: tienen escuelas, tierras y todo lo que corresponde a cualquier mexicano. Yo me salí de ahí por menso, por desesperado, pero tal vez regrese para tratar de componer un poco mi vida. El patrón dice que estoy joven, que todavía puedo, pero, a saber si voy a dar

vuelta. Por ratos me entran las ganas de regresar al campamento, olvidarme de todo, conseguir una mujercita y tratar de vivir feliz... estoy juntando el valor.

La gente que se adaptó a la vida de aquí y dejó todo atrás, vive bien, y me dan ganas de hacer lo mismo pues creo que si lo hubiera hecho tal vez mi vida sería diferente. Quisiera preguntarles cómo le hicieron y que me ayuden a levantarme. Dicen que los de la ONU son gente muy buena que ayuda a los refugiados y que busca que los países a donde llegamos nos brinden el apoyo para rehacer nuestras vidas; chance un día de estos les pido ayuda. Ya ha pasado mucho tiempo, pero nunca es tarde, dice el dicho.

De todos modos, si hay un *Gallito* cerca de ti, ayúdalo, es tu hermano, porque si te miras en el espejo te vas a dar cuenta de que a pesar de hablar en otra lengua y habitar en otro país, no somos tan diferentes.

◆ PABLO PRIMITIVO BÉJAR NAVARRO

Nació el 10 de junio de 1998 en La Barca, Jalisco. Su familia tuvo que migrar a Chiapas por el trabajo de su padre, como maestro rural de primaria, al principio en el ejido Divisorio y después en el ejido La Primavera, donde vive hasta la fecha. Ingresó a la Telesecundaria Rosario Castellanos Figueroa, donde participó en varios encuentros de lectores, allí se creó el Club de lectores Los Hombres Libro, en ese marco escribió el cuento “Gallito”, basado en una historia real que le contó su maestro de tercer grado Marcos Fernando Avendaño Gallegos. Actualmente estudia en el Centro de Bachillerato Tecnológico Industrial y de Servicios (CBTI’s) 108 de Comitán de Domínguez. Es un declarado amante de la lectura.

Nopales en el cuaderno*

Daniela Elizabeth Mayorquín Aguilar

—¡Ya suéltame!

—Espera un poquito más, mi amor. Ya casi.

Y allí está Ana otra vez, sentada sobre el regazo de mamá con la cara roja por el llanto, y la muñeca despeinada en la mano derecha; una mona rubia que sólo se parece a ella por esos pelos de estropajo que las dos cargan.

—¿Ves cómo deja de doler? Cuando termine te verás igual de bonita que en la mañana.

Ana se limpia las lágrimas con la otra mano, y hace ese sonido molesto de cuando la nariz se te tapa, mientras mi madre rehace las trencitas que ella llevaba a la escuela esta mañana. Yo no sé qué hacer, me encuentro en el jardín y las miro y las oigo a ambas, gracias a la ventana que da hacia la sala. Hace casi una hora que debí de haber entrado a la casa, pero la verdad es que no quiero. Mi escuela está muy cerca de aquí, por eso cuando se hace tarde mi mamá se preocupa, pero parece que todavía no se da cuenta por qué Ana llegó llorando otra vez.

Mi hermanita sólo tiene cinco años, y aunque yo también soy algo pequeño, creo que me corresponde regañarla y decirle que deje de llorar tanto, porque llorar no está bien, llorar significa que algo va mal, y mi papá siempre dice que a nosotros nos va bien, porque podría ser peor. Sé que debo entrar y ayudar a mi mamá con el ánimo de Ana, pero no lo voy a hacer.

Me quito la mochila y me siento sobre el pasto seco, recargo mi espalda en la pared y miro al cielo. Pienso que no vendría mal hacer un dibujo. Aunque mi barrio es algo feo, hoy no se ve tan mal, las nubes grises de ayer

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

ya no están más, así que me imagino un arcoíris junto al sol, y con eso en mente busco dentro de mi mochila algún cuaderno para dibujar lo que se me acaba de ocurrir. Sin embargo, lo primero que mis manos agarran es el cuaderno verde de valores sociales... Al verlo me desanimo y lo pongo sobre mis piernas, pues ya he olvidado lo que tenía intención de hacer. Todo lo que tengo en mente ahora es el regaño de la maestra Felicia porque no entregué la tarea que era para hoy.

“Escribid lo que más os gusta de vuestra ciudad, y detallad muy bien, además, la razón por la cuál ésta os agrada tanto”.

Así exactamente venía escrito en mi libreta. Seguido olvido las cosas, pero esta vez fue diferente. En el fondo yo sabía que tenía que hacer ese trabajo, simplemente no lo hice. Sevilla no es mi ciudad, así que, ¿qué podía poner acerca de ella?

Bueno, me gusta el clima, los paisajes son bonitos, pero de clima y paisajes no se llenan tres hojas de un cuaderno como el mío. Mis abuelos no están aquí, mis tíos tampoco, ni mis primos ni mucho menos mis amigos. En el tiempo que mis papás, mi hermana y yo llevamos viviendo en España –que han sido casi dos años– no hemos salido de vacaciones o de viaje ni una sola vez. Parece que llegamos a este país a encerrarnos, y por eso la gente suele mirarnos como si fuéramos apestados. ¿Pero iba a poner eso en mi tarea? Claro que no. Habría sido sincero, pero seguro que la maestra me regresaba el cuaderno antes del tercer párrafo, y sin ninguna firma para acabarla de amolar. De por sí todos mis maestros se la pasan diciéndome que voy atrasado en comparación con los demás. Mi mamá dice que es comprensible que eso ocurra, porque en mi país la educación es diferente, pero de verdad que a veces sí me hacen sentir tonto.

Cuando me dijeron que nos mudaríamos yo tenía ocho años, y no me imaginaba que la palabra *mudar* involucraría no sólo cambiarnos de casa, sino también viajar en avión hasta llegar a otro continente. Jamás entendí por qué nos fuimos, si estábamos tan bien.

Claro, poco antes de que mi papá nos diera esa noticia a mi hermana y a mí, mamá solía llorar casi todas las noches. O simplemente no dormía. Nos buscaba en los cuartos y se sentaba a nuestro lado para vernos dormir. Mi hermanita seguro no se acuerda, pero yo sí, y he querido preguntarle a nuestra madre por qué hacía eso, pero mejor no digo nada, porque ¿qué tal si lo vuelve a hacer? Prefiero dejarlo así.

Lo cierto es que desde que vivimos aquí, mis papás se ven más tranquilos. Por eso, cuando me preguntan cómo la llevo en la escuela, les digo que me gusta mucho, y cuando me tardo en regresar les digo que me quedé platicando con mis nuevos amigos. Que la ciudad y el barrio me gustan mucho, y que el acento es algo difícil, pero que ya lo iré aprendiendo. No saben que los niños son un poco malos. A veces me empujan o se ríen de cómo hablo; sólo me he peleado algunas veces porque me sacan de quicio, pero no le doy tanta importancia como para ponerme a llorar. Cuando sí me enoja mucho es cuando se trata de Ana. Ella llega llorando a casa constantemente porque las niñas le quitan los juguetes, los niños la despeinan; maltratan su ropa y no la incluyen en sus actividades. Y aunque mamá habla con las maestras sobre esos problemas, estoy seguro de que ellas la ignoran como mis maestros me suelen ignorar a mí. He visto a las señoras que se encargan de ese jardín de niños y no me dan confianza, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Sólo le digo a Ana que aguante, porque falta poco para que ella entre a mi primaria, y entonces, cuando lo haga, la podré defender.

Por otra parte, yo no lograba entender por qué nos había tocado que nos maltrataran a Ana y a mí en este país, siendo que en el nuestro jamás nos habían molestado; hasta que en el vecindario conocimos a una familia como la de nosotros, y Jesús, el hijo del señor Carlo, que ha de estar ya en secundaria, me dijo que nos molestan porque se sienten superiores. “Sí —recuerdo que me dijo—, revisa en tus libros de historia, y cuando veas que se habla sobre nosotros, me vas a entender”. Ya me sé la historia porque la estudié allá, y ahora, al estudiarla aquí, todos mis compañeros me han volteado a ver y se han reído, porque el maestro les dijo en un tono de broma que lo ocurrido en esa época no era razón para que en la actualidad ellos trataran mal a la gente de mi país, y que lo decía principalmente porque en clase me tenían a mí “un niño mexicano”; y entonces todos se sonrieron de manera cómplice, porque saben que lo hacen, aunque ningún maestro se dé cuenta de ello, saben que me ponen apodos que no entiendo, que me esperan en las entradas de los salones para darme puntapiés, y que a la hora de hacer trabajos en equipo me utilizan como su burro al dejarme toda la responsabilidad, y delatan a los maestros que yo, como “vago” que soy, no doy ni ayuda en nada. Eso sin contar la de golpes que me han dado, y los moretones que he tenido que ocultarle a mi mamá, porque si los ve se pondrá igual de histérica que antes de venirnos a este lugar.

Y yo sigo sin entender, ¿por qué nos mudamos?, ¿por qué dejamos México y en su lugar vivimos aquí? Solía pedirles a mis papás, frecuentemente, que nos llevaran por un día o dos a nuestro país, sólo para ver cómo estaba todo, pero dejé de hacerlo porque las negativas eran rotundas, y porque una noche en que no podía dormir fui a la cocina para tomar agua y me detuve junto a la pared del pasillo cuando escuché a papá y a mamá platicando en la sala, lo poco que oí me hizo dar la vuelta y regresar a la cama, por alguna razón que todavía no entiendo, pues escuché a papá decir claramente “si volvemos, se acaba todo”; no supe exactamente qué es lo que se puede acabar, pero me dio tanto miedo cuando escuché la voz cercana al llanto de mi papá, que corrí al cuarto que comparto con Ana, me trepé a la cama y abracé la almohada, recordando que alguna vez ya lo había visto así, un día en que unas camionetas extrañas aparcaron frente a nuestra vieja casa, y se mantuvieron en la acera contraria por varias horas continuas. La misma reacción percibí en mi papá, y por eso salí huyendo, convencido de que nunca volvería a mi país, al hermoso México, que nunca había valorado tanto como lo hago hoy.

Desde ese día me propuse averiguar la verdadera razón por la que tuvimos que irnos. Preguntaba a mi padre todos los días si el motivo era su trabajo y él me decía que sí, que de la empresa en la que trabajaba lo habían transferido a Sevilla, o alguna palabra como ésa solía utilizar en aquel tiempo. Pero siempre que me respondía aquello, yo iba por más y le pedía que me contara cómo y por qué había sido transferido. Él siempre evitaba darme detalles. Por eso, el último día que me propuse averiguar la razón por la que vivimos aquí terminé desviándome del camino a la escuela, y en vez de ello, esperé a que saliera mi papá de la casa, y quise seguirlo hasta descubrir el lugar donde hoy trabaja. De un momento a otro lo perdí de vista, pero llegué a las afueras de un edificio viejo y feo, y cuando quise entrar, un policía me regañó. Volví a casa rendido por mi búsqueda y me senté en el mismo lugar en el que estoy ahora, esperando a que se hicieran las dos de la tarde para poder entrar a la casa sin que mi mamá sospechara de mi falta a la escuela.

Hoy en día ya no intento averiguar los motivos. Me los pregunto a cada rato, pero no insisto por llegar a conocerlos.

Miro el cuaderno que aún tengo sobre las piernas y tomo el lápiz que dejé atravesado en las páginas del centro. Entonces comienzo a pensar en un bonito paisaje de esos que recuerdo de Ciudad Victoria o de Chiapas,

el estado donde solíamos vacacionar con el resto de mi familia, y mi mano derecha se mueve sola y el dibujo se forma sin que yo lo planee. No cabe duda de que extraño mucho México, porque en unos minutos el paisaje en mi cuaderno queda terminado. Entonces cierro la libreta y entro a casa, acercándome a pasos calmados hacia las mujeres. Ambas me miran y enseguida las escucho hablar.

—Antonio, ya es tarde. ¿Y luego?, ¿dónde estabas?

—En la escuela, con mis amigos, ma.

Yo le respondo eso y me acerco sin más hacia Ana. Le entrego el dibujo y ella lo mira. Le pregunto si se acuerda dónde es ese lugar y ella niega con la cabeza.

—Pero te gusta, ¿no?

Eso le pregunto después. Y ella responde sonriente:

—Sí, me gusta mucho.

Entonces le acaricio la cabeza y le pregunto a mamá qué habrá de comer.

Sé que no podré volver a México en un buen tiempo y no me quejo sobre eso. Mantengo algunas esperanzas, como que la gente de por aquí comience a tratarnos de manera normal o que el acento de ellos nos salga bien para poder disimular nuestro origen. También, y sé que ésta es la idea más disparatada, pienso constantemente que si a final de cuentas íbamos a terminar aquí en España, me hubiese gustado haber nacido en este lugar, pues quizá así lo vería de manera distinta. No sé el tiempo que tarde, pero aún espero volver a casa. ¿Qué estarán haciendo todos por allá?

◆ DANIELA ELIZABETH MAYORQUÍN AGUILAR

Nació el 4 de marzo de 1996, en Tepic, Nayarit, donde actualmente continúa residiendo junto con su familia. Cursó la primaria en la Escuela Juan Espinosa Bávara; posteriormente estudió en la Secundaria Federal núm. 55, Prisciliano Sánchez. Actualmente está por graduarse de la Preparatoria Técnica, Cetis 100, en la especialidad de Informática.

El obsequio perfecto*

Antonio de Jesús Munguía Cruz

Hoy no es un día cualquiera en nuestra pequeña aldea, por lo menos para mi familia y para mí es un día especial: es el cumpleaños de mamá. Mi papá y yo decidimos salir antes de que ella despierte para poder conseguirle un regalo.

Como no es cualquier día me levanté incluso antes que papá, me puse rápidamente mi camisa blanca y unos pantalones grises. Debido a que nuestra casa no es muy grande caminé muy poco hacia donde estaba el rincón implementado como habitación de mis padres, y con un pequeño susurro desperté a papá teniendo mucho cuidado de no perturbar el sueño de mamá. Él despertó y sonrió, de inmediato se vistió y salimos sin hacer ruido.

En cuanto pisamos la fría tierra de la humilde choza, con nuestra gastada ropa puesta, nos dimos cuenta que algunos rayos de sol comenzaban a caer sobre las chozas del pequeño poblado, las cuales, al igual que la nuestra, estaban hechas de barro seco y ramas como techo que hacían parecer pequeños montículos. A los costados de cada hogar había una pequeña cerca con los pocos animales que teníamos: cabras y pollos.

Al salir nos dirigimos a la pequeña ciudad —que teníamos relativamente cerca— para comprarle el regalo a mamá. El trayecto a pie dura normalmente tres horas y media; en sus alrededores sólo puedo ver la pobreza y carencias que mi pueblo Tutsi sufre día a día por el gobierno Hutu que atormenta constantemente la vida sencilla de mi pueblo.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 17 a 18 años.

Al llegar a la pequeña capital mi padre decidió comprar el obsequio de mi madre, un collar muy delgado con un pequeño dije que pendía de aquella fina y delicada cadena, a la distancia parecía una joya hermosa y de extremo valor, pero cuando la sostenías y mirabas a detalle se podía apreciar el desgaste y calidad del material; a pesar de ser una joya muy simple, para nuestra situación era una pieza un poco excedida de costo; con el fin de poder comprarlo mi padre tuvo que ahorrar por casi nueve meses, dejando de lado algunos gustos para él.

Cuando volvíamos a nuestra realidad, en esas pequeñas chozas se podía apreciar un alboroto incontenible, pues se veía a lo lejos que algo pasaba en el vecindario, había muchas personas dando órdenes y otras más salían de sus casas, huyendo o pretendiendo esconderse, tal cual la presa se siente asediada por su cazador. Al acercarnos a nuestro hogar, la mirada de descontento y aflicción de mi madre fue lo primero de lo que me pude percatar, y antes de decir cualquier cosa me extendía la mano temblorosa y con voz entrecortada me dijo:

—Kofi, creí que algo te había sucedido, pensé que no te vería más y que los lamentos de mi corazón llegarían sólo hasta el cielo por ti.

Sus palabras en ese momento oprimieron mi pecho, sin saber a qué se refería con exactitud, lo único que mi cuerpo me permitió hacer fue tomarla entre mis brazos y aplastarla contra mí. Papá al ver esta acción sólo pudo imitarla sin hacer mayor cosa.

Una vez que todo fue más sereno y mi madre pudo hablar con tranquilidad, nos explicó la situación. Dirigiéndose a mi padre contó:

—Haile, han venido los gendarmes enviados por el gobernante, las indicaciones fueron refugiarnos en la iglesia de la ciudad, porque algunos radicales Hutus han comenzado a asesinar a nuestros hermanos Tutsi; para estar a salvo y sin carencias debemos huir con ellos.

Mi padre al escuchar la inquietante noticia miró fijamente a nuestro alrededor y con ojos de vacío mencionó en voz baja, casi inaudible:

—Mariam, Kofi, tomen algunas cosas, sólo lo indispensable para sobrevivir esta situación, iremos a donde se nos ha indicado, pero recuerden que éste será siempre nuestro hogar y que lo construido aquí ha sido por nuestro esfuerzo y amor.

Durante la caminata, nos percatamos de que familias enteras habían dejado sus hogares y habían sido desplazadas de su región; en ese tiempo

nuestra imaginación nos llevó a lugares en donde creímos que pasaríamos una estancia placentera y de paz. Al llegar a la entrada de la iglesia nos dimos cuenta de que nuestra ilusión y pensamiento nos habían hecho concebir una realidad inexistente y sólo eran eso, ilusiones y pensamientos, pues en el momento que cruzamos la valla de la iglesia –la que delimitaba el mundo cristiano del nuestro– la sed de sangre y venganza se había combinado y forjado un sólo mundo en donde el olor a muerte, desesperanza y tristeza era lo único que se percibía por nuestros poros y la mirada atónita de mis padres; aterricé en la cruel verdad.

El lugar se encontraba repleto de cadáveres, fosas y personas agonizando en heridas que dejaban ver su dolor. En ese momento el gendarme que nos guió hasta ese lugar se dirigió al grupo de gente que nos rodeaba con una voz grave y estruendosa.

—Veamos, basuras Tutsi, éste será su nuevo hogar, aunque por poco tiempo, me encargaré de que sea lo más comfortable mientras estén aquí.

Al término de lo dicho mis padres se abrazaron como adivinando nuestro trágico destino. Nos enviaron al patio trasero de la iglesia con las pocas pertenencias que llevábamos, y que perdimos cuando uno de estos gendarmes nos las arrebató de las manos antes de poderlas colocar en el lugar asignado para nuestra estadía.

Pasaron los días y cada vez más personas llegaban y se iban de aquel lugar, nunca nos imaginamos que en uno de esos días habría un cambio radical en mi familia y en mi vida, pues el gendarme que nos había quitado nuestras pertenencias estaba a punto de quitarnos algo más, se acercó a papá y a mamá diciendo:

—¿Se imaginan cómo terminarán su vida?

Mamá y papá no supieron qué contestar ante tal cuestionamiento, así que este sujeto prosiguió con su interrogatorio:

—¿Desean morir rápidamente o desangrados y en pedazos?

Ante tal situación mi padre por fin se atrevió a mencionar algo:

—¿A qué se refiere con todo esto?, ¿qué pretende?

El ágil sujeto con risa burlona respondió:

—Si está dispuesto a pagar por cada uno de ustedes una fuerte cantidad, me encargaré que su muerte llegue pronto y sin dolor, en cambio, si prefiere quedarse con su sucio dinero, su vida terminará en cortos y dolorosos lapsos.

Mi madre interrumpió:

—Dale lo que pide, acabemos con esto de una vez, dale el dinero que por meses ahorraste sin saber yo la razón, entrégale todo para morir de una vez y en paz, no quiero sufrir más ni verlos sufrir a ustedes.

Mi padre sabiendo que el dinero no estaba en sus bolsillos, con lágrimas en los ojos metió la mano en su pantalón desgastado, mirándome fijamente, y yo entendí lo que en ese momento haría.

Tomó las manos de mamá y dijo:

—¿Recuerdas aquel día en que nos ahuyentaron de casa? Kofi y yo salimos, no para preocuparte sino para comprarte algo especial por ser tu cumpleaños; y abriendo una de las manos de mamá, colocó aquella joya que aquel día no lucía tan resplandeciente, porque después de tanto sufrir ya no tenía mayor luminosidad, sólo reflejaba la desesperación y la tristeza del ambiente. Mamá al ver esto soltó a llorar y lo único que salió de su voz entrecortada fue:

—Gracias por hacer de ese momento el mejor de mi vida, y gracias por este día demostrarme que siempre estaremos juntos.

Al término de sus palabras se acercaron tres gendarmes más con machetes en mano para comenzar lo que sería la peor escena jamás vista por mis ojos: mis padres dejaron de respirar 30 minutos después de que esas filosas hojas rasgaran sus cuerpos y desangraran sus venas; mi inocencia no me permitió hacer nada y evitar tal desgracia, lo único que pude hacer fue besar a mis padres y despedirme. En cuanto levanté la mirada escuché un gran alboroto a metros de distancia de donde me encontraba, lo que provocaba tremendo alboroto eran dos gendarmes que discutían; sólo veía polvo y personas cayendo por los empujones, eso me permitió tomar un camino desconocido: huir.

Atravesé una gran llanura hasta encontrar un sendero en el cual vagué durante varios días hasta caer exhausto a un lado de la carretera, antes de cerrar mis ojos una extraña silueta se acercó a mí, lo único que pude percibir fue que me tomó en sus brazos; al instante caí desmayado.

Después de varios días inconsciente, por fin al abrir los ojos me di cuenta que estaba en un lugar diferente al último recuerdo que tenía mi mente, me encontraba en un casa muy distinta a la mía, con paredes sólidas y más grandes, así como espacios donde podría jurar, cabría por completo mi ho-

gar, muy parecidos a la capital donde semanas anteriores había comprado lo que sería el mejor presente de mi vida.

La primera dificultad que encontré en este lugar fue que nadie hablaba como yo, me parecía muy ajena su lengua, los alimentos que me ofrecían no tenían nada que ver con los que yo acostumbraba comer. Durante varios días intentaron que aprendiera a hablar su extraño idioma, mi cuerpo se fue acostumbrando a su comida. Me percaté también de que no era el único niño de mi país que se encontraba en ese sitio, cientos más habitaban como yo ese extraño aposento.

Semanas más tarde me enviaron a un lugar al que ellos llaman escuela, para aprender de su vida y la de otros, al ser de un lugar diferente tenía un aspecto que algunos consideraban raro, mi color es oscuro, el de aquellos personajes se confundía con el de las paredes blancas de la *escuela* y el de las hojas que nos daban para escribir y leer. Además, en las calles muchas personas huían de mí pensando que haría algo malo, cuando en realidad lo único que buscaba era su aceptación.

Al paso del tiempo, fui aprendiendo sus costumbres y que el ser humano llega a ser muy cruel, pero también muy solidario y amable con el prójimo y los suyos, que aunque diferentes por fuera siempre habrá algo que nos identifique o nos demuestre que somos semejantes.

Por ello, me he unido a una organización dedicada a ayudar a personas que vivieron o viven algo similar a lo que yo viví, y aún me cuesta asimilar que haya tanto odio y venganza en el ser humano, que seamos capaces de acabar con familias enteras y arrebatar lo más preciado que se tiene en el mundo: la vida.

◆ ANTONIO DE JESÚS MUNGUÍA CRUZ

Nació el 11 de octubre de 1994 en la ciudad de México. Actualmente estudia en la Escuela Superior de Cómputo (Escom) del Instituto Politécnico Nacional (IPN). Disfruta la lectura y escuchar música, así como salir a museos, sitios arqueológicos y exposiciones. Una de sus aspiraciones es viajar y conocer diferentes culturas.

Mi vida de refugiado a mis 10 años*

Oswaldo Daniel Sorchini Esquino

Mi nombre es Daniel, tengo 10 años y ésta es mi historia: A pesar de mi edad tengo muchos recuerdos y no muy gratos; cuando tenía ocho años mis padres, mi hermanita y yo tuvimos que huir de nuestro país para salvar nuestra vida, recuerdo perfectamente esa noche que llegó mi padre y con voz agitada y entrecortada le dijo a mi mamá:

—Agarra a los chicos y cualquier cosa de ropa, tenemos que irnos ya.

—¿Pero, por qué? ¿Qué pasa?

—No hagas preguntas ¡obedece!

Mi mamá hizo una pequeña maleta y cargó a mi hermanita que estaba ya dormida, ella tenía cinco años; fue por mí y salimos corriendo; subimos a la camioneta de papá que ya nos esperaba, y él arrancó a toda velocidad.

No se me olvida la cara de mi padre, desencajada, mientras mi madre preguntaba qué era lo que pasaba.

Papá con lágrimas en los ojos le dijo:

—Perdóname, he hecho cosas muy malas, y ahora lo estoy pagando, no puedo decirte nada porque correrían más peligro, pero si algo me pasa ve a esta dirección.

Le extendió la mano y le dio un papel, dinero y algo más que no alcancé a ver en ese momento.

—Esta persona los va a ayudar —le dijo.

Mi mamá tenía cara de desesperación y no paraba de llorar, yo estaba sentado en la parte de atrás de la camioneta junto con mi hermanita. Mi

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

mamá guardó en la bolsa de mi pantalón lo que le dio mi papá y el dinero lo puso en mi chamarra, y me dijo que abrazara a Sofi y no la soltara.

En eso, un auto se cruzó en nuestro camino, mi mamá me gritó que nos escondiéramos, jalé a mi hermanita a la parte de atrás de la camioneta y nos tapamos con unas cobijas que habían ahí, Sofi empezó a llorar pero yo le puse mi mano en su boquita para que no la oyeran.

Solamente escuché lo que ahora sé que eran unos disparos, luego se oyó que unos carros se alejaban, yo me quedé calladito y mi hermanita abría grandes sus ojitos.

Después de un rato, no sé si mucho o poco, nada más sé que todo estaba en silencio, me asomé, bajé de la camioneta y ahí estaban mis papitos como dormidos; yo les gritaba que despertaran pero no lo hicieron. Regresé a la camioneta y le dije a Sofi que teníamos que irnos, caminamos por entre la maleza, mucho, mucho tiempo, ya casi estaba amaneciendo. En eso me acordé de lo que había guardado mi mamá en mi pantalón, era la dirección de una señora, pregunté cómo podía llegar ahí y me dijeron que debía tomar un camión; así lo hicimos. En la terminal de camiones se me quedaban viendo y me preguntaron si veníamos solos, yo les dije que no, que mi mamá había ido al baño porque se sentía muy mal del estómago, que por eso me había dejado a mí comprando los boletos, y sí me creyeron.

Luego nos subimos al camión y viajamos muchas horas, recuerdo que se hizo de noche y volvió a amanecer. Alguien nos preguntó que si viajamos solos, yo le dije que sí pero que mi papá nos estaba esperando en la terminal.

Cuando llegamos a esa ciudad y localizamos a la señora le entregué el papel y una cajita, recuerdo perfectamente que dijo:

—Estos niños corren un gran peligro, hay que extraditarlos a otro país.

Y así lo hizo, no sé cómo arregló los papeles y nos cambió de nombre y nos mandó a Canadá con unos conocidos de ella.

Desde entonces vivimos aquí y ha sido muy difícil, más en un principio, porque no entendíamos nada de lo que hablaban. Sofi me preguntaba por mis papitos y yo no sabía qué decirle, nunca se me va a olvidar cuando bajé de la camioneta y los vi.

Aunque no ha pasado mucho tiempo creo que ya me estoy acostumbrando a las cosas de aquí, ya entiendo el inglés y lo hablo al igual que mi hermanita; creo que nunca sabremos qué fue lo que hizo mi papá y no quisiera saberlo, él siempre fue un excelente padre y estoy seguro de que lo

que haya hecho lo hizo por nuestro bienestar, y me queda claro que si haces cosas malas, pues así te va a ir.

Todavía estoy de refugiado aquí en Canadá, pero las personas con las que vivimos están haciendo lo posible para que nos den lo que creo que se llama asilo político y que no nos regresen a nuestro país donde corremos un gran peligro.

◆ OSWALDO DANIEL SORCHINI ESQUINO

Nació en la ciudad de México el 15 de octubre de 1994; estudió hasta la secundaria en la Nueva Escuela Justo Sierra, A. C. En el nivel medio superior ingresó al Centro de Estudios Científicos y Tecnológicos núm. 9, Juan de Dios Bátiz del IPN, del cual es egresado. Actualmente cursa la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME), Unidad Zacatenco, del IPN. Siempre le ha gustado saber el funcionamiento de los aparatos; es aficionado al cine y a los programas de investigación.

Se terminó de imprimir en julio de 2014 en los talleres de Intelli Impresores, S. A. de C. V.
Alemania 19-1, col. Independencia, C.P. 03630, México, D. F.

• Para su composición se utilizaron tipos Minion Pro diseñada por Robert Slimbach y Trade Gothic por Jackson Burke. •

El tiraje fue de 1000 ejemplares impresos en papel cultural de 75 g.

•

•

*¿Y si yo fuera
una persona refugiada...?
Comenzar de nuevo en otro país
Cuentos de niñas, niños y jóvenes
sobre personas
refugiadas*



Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
www.cd hdf.org.mx